



Sabor
a
chocolate
Christian Martins

D.J.57

**SABOR
A
CHOCOLATE**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN SEPTIEMBRE 2020

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2020 CHRISTIAN MARTINS

Para todas mis chicas Martins, que nunca me fallan y siempre están ahí.

Sois increíbles.

«Me enseñaste de todo excepto a olvidarte.»
Ricardo Arjona

Los ojos azules de Harding Wayne me siguen pareciendo igual de hipnotizantes que aquella primera vez que me crucé con ellos. El problema es que, según transcurre el tiempo, esa hipnosis empeora notablemente. Harding, ahora mismo, es mi obsesión.

Me gustaría que fuera de otra manera. Me gustaría poder controlar mis sentimientos hacia él y que todo resultase más sencillo. Pero no puedo hacerlo. Se podría decir que, nada más verle, sentí un flechazo directo. Puede que suene un poco cursi hablar de amor a primera vista; pero si no es así, ¿cómo voy a describirlo? Pude sentir esa química indescriptible al instante. Después esa conexión, la atracción sexual... Y ahora que le conozco, todo es mucho más intenso. Porque él me encanta. Esa forma que tiene de sonreír irónicamente, cómo se acentúa su respiración cuando comienza a quedarse dormido y esos pequeños ronquiditos que se le escapan de madrugada. No puedo evitar mirarle cuando está distraído. Y supongo que son los detalles más insignificantes los que han provocado que sienta por él algo más que una mera atracción sexual. Su forma de peinarse la melena hacia atrás con los dedos, cómo frunce el ceño cuando las cosas se complican y, sobre todo, su humildad. Puede que Harding Wayne sea la persona más inteligente que he conocido jamás. Puede no, lo es. Harding Wayne es la persona más inteligente que he conocido en mi vida. Y lo mejor de todo, es que él ni siquiera es consciente de ello. Se piensa que ha llegado a ser profesor tan joven gracias a su esfuerzo, pero la realidad es otra muy diferente.

Estoy tumbada en la cama, a su lado. Son la una y cuarto de la madrugada. Después de hacer el amor, nos hemos quedado charlando sobre todo y nada, y antes de que hubiera ocasión se ha quedado dormido. Y sí, supongo que me apena despertarle. Ambos debemos madrugar al día siguiente y nuestros fugaces y secretos encuentros nocturnos comienzan a pasar factura. Está cansado. No duerme demasiado y la culpable soy yo.

Le acaricio suavemente el antebrazo, pero no se despierta. Sonrío. Me gustaría que lo nuestro fuera algo mucho más serio, pero he decidido conformarme con lo que tenemos. Además, el próximo año Harding se marchará a otra universidad y yo tendré que retomar mi vida sin él. Tendré que continuar mi camino y olvidarle, me guste o no.

—Debería marcharme... —susurro en voz baja.

Últimamente no estoy demasiado centrada en mis estudios y eso ha conllevado a que la primera criba de exámenes sea un fracaso total. Solamente he aprobado uno de los controles; y no me siento orgullosa al admitir que ha sido con un suficiente raspado.

Harding abre los ojos.

Mi guapo profesor de ojos azules me dedica una sonrisa y yo creo que estoy a punto de derretirme. Le devuelvo el gesto.

—¿Dices algo...? —murmura adormilado.

—Que debería irme —repito, esta vez empleando un tono de voz más normal—. Se nos está haciendo tarde.

Estira el brazo para atraerme hacia él. Me envuelve con sus brazos y desliza sus dedos por mi vientre desnudo, entreteniéndose ligeramente en mi ombligo.

—No quiero que te marches...

—Mañana hay clase —le recuerdo.

Y no se lo recuerdo por mi gran sentido de la responsabilidad, no. Sino porque mañana tendremos que salir de su apartamento en hora punta y sé que lo último que quiere es que alguien pueda vernos juntos.

A mí tampoco es algo que me entusiasme demasiado, porque sé que un encontronazo de ese tipo significaría, de forma directa, el fin de nuestra relación

Su mano asciende aún más hasta terminar filtrándose por debajo de mi sujetador. Jadeo cuando masajea mi pecho. Sus ojos azules están fijamente clavados en mí, y esa mirada tan intensa me hace sentirme, por un momento, avergonzada. Después gana el placer y cualquier atisbo de vergüenza queda en un segundo plano. Suelta el sujetador y libera mis pechos. Comienza a tocarlos, tirando de mis pezones suavemente.

—Si sigues así no podré marcharme... —ronroneo, juguetona.

—Quizás no quiera que te marches.

Me encanta escucharle decir eso.

Sonrío. Él también sonríe. Continúa masajeando mis senos y yo, involuntariamente, comienzo a mover las caderas. Voy sintiendo cómo el fuego inunda mis entrañas, instalándose con fuerza en mi bajo vientre. Quiero más. Siempre quiero más. Mi deseo por Harding Wayne es insaciable.

Baja una de las manos y la introduce en mis braguitas. Yo, sin pensármelo, hago lo mismo con sus bóxers. Él ya está duro, erecto y preparado. Y eso hace que el calor que siento sea mucho más intenso.

—Me encantas...

Cierro los ojos cuando vuelve a repetírmelo. “Le encanto”. Introduce un dedo en mi interior mientras yo masajeo su erección. Jadeo más. Harding tiene la capacidad de volverme loca, de hacerme perder el control en muy pocos segundos. Después de tantos años de relación con Derek, por fin he descubierto lo que es la pasión. Introduce dos dedos en mi interior sin dejar de pellizcar mis pezones. Yo, muerta de placer, me muerdo el labio inferior procurando no gritar... Pero soy incapaz. ¡Por Dios! Son la una de la madrugada... ¿Qué van a pensar los vecinos de Harding?

“Deja de preocuparte por esas tonterías, Bridie, y disfruta”, me dice una voz en mi interior. Y decido hacerle caso. Él entra y sale, masajeándome el clítoris, mordiéndome los pezones, restregándose contra mí y haciéndome perder la cabeza. Mis jadeos ya son gritos de placer. Pronuncio su nombre de forma desesperada, ansiosa por recibir más... y más... y más.

Harding se detiene. Sus ojos azules, que aún siguen clavados en mí, me dedican una sonrisa traviesa. Sí, mi guapo profesor tiene la habilidad de sonreír con la mirada. Sujeta mis manos, colocándolas sobre mi cabeza, y se desliza lentamente hasta quedar sobre mí. Me besa. Nuestras lenguas comienzan un frenético baile, entrelazándose sensualmente mientras su miembro recorre externamente mi humedad antes de penetrarme de una estocada. Grito de placer. Grito su nombre. Me encantaría gritarle que me vuelve loca, que quiero sentirle cada noche, que adoro su forma de besar, que me enloquece cómo me hace el amor... Pero no me atrevo. Así que simplemente grito su nombre.

—Harding... Harding...

¿Cómo no voy a tener cada parte de su cuerpo grabada en mi mente si nadie, jamás, me había hecho sentir semejante placer? Entra y sale de mi

interior, cada vez más rápido, mientras me besa salvajemente el cuello. Noto una ligera presión y me revuelvo incómoda por si ha podido dejarme una marca de chupón. Pero, ¿qué más da? No le debo explicaciones a nadie y es absurdo preocuparme por esas tonterías cuando tengo, sobre mí, al hombre más atractivo con el que he soñado jamás. Las embestidas cada vez son más fuertes. Siento cómo su respiración se entrecorta aceleradamente y sospecho que está a punto de llegar al orgasmo. Harding desliza una mano a mi sexo y, sin dejar de penetrarme, comienza a masajear mi clítoris. ¡Ay, Dios! Acelera el ritmo de ambas cosas. Siento cómo el fuego que arde en mis entrañas me abrasa con tanta fuerza, que creo que en cualquier momento me desmayaré aquí mismo. Pero en lugar de perder el conocimiento, exploto. Grito su nombre, agarro su antebrazo sin importarme clavarle las uñas y le atraigo con todas mis fuerzas hacia mí. Y eso, ese pequeño gesto, hace que él también estalle de placer.

Se queda sobre mí unos instantes antes de hacerse a un lado. Nos miramos. Ambos estamos sudorosos y agotados, pero sonreímos. Estoy a punto de levantarme, pero Harding deja caer su brazo sobre mi vientre, inmovilizándome.

—¿Tienes prisa?

Me río como una niña pequeña.

Sé que debería “quererme un poquito más” y resistirme a sus encantos, pero soy incapaz. Supongo que a estas alturas de la película intentar disimular lo enganchada que estoy a él no tiene el más mínimo sentido.

—Sí, un poco... Mañana seremos dos zombis andantes.

Él se ríe, dedicándome esa sonrisa que se filtra en su mirada, achinándola.

—Entonces deberían contratarte para las películas de terror. Creo que eres la zombi más sexy del planeta.

El piropo podría haber sido mejor, pero decido conformarme con él.

—Dejaré mi currículum por Hollywood, por si suena la campana.

—Yo te llamaría —asegura, retirando su brazo para liberarme.

Me deslizo entre las sábanas hasta salir de la cama. Me encantaría dormir con él, porque odio con todas mis fuerzas tener que marcharme después de hacer el amor. No sé por qué, pero me hace sentirme usada. Sucia. Y sé muy bien que no es así porque esto que tenemos, lo hemos buscado los dos. Ambos sabemos de sobra que las cosas entre nosotros

tienen un límite y que no se podrá sobrepasar... Y se supone que los dos lo aceptamos y estamos de acuerdo. El problema es que ese maldito límite, para mí, es un quebradero de cabeza. Y, a él, en cambio, parece no estorbarle demasiado.

“Déjate de tonterías y sé adulta, Bridie”.

Recojo mi ropa del suelo, prenda a prenda, y la amontoño sobre los pies de la cama antes de comenzar a vestirme.

—Es una faena que tengas que marcharte... —me dice.

Le miro e intento sonreír, pero no lo consigo.

Sé que Harding intuye la poca gracia que me hace este punto, pero también sé que no hay más opciones. Profesor, alumna, y bastante diferencia de edad. Hay cosas que son imposibles, y esta, para mi desgracia, es una de ellas.

—No pasa nada —consigo decir, tragándome el nudo de la garganta.

Me termino de vestir, recojo mi bolso y me despido con una sonrisa. El hace amago de salir de la cama, pero le detengo alzando la mano.

—Tranquilo... No hace falta.

Me sonrío. Le sonrío y... Adiós.

Esa es nuestra despedida.

¿Por qué diablos mi maldita cabeza no es capaz de conformarse con lo que tiene y ser feliz así? ¿Por qué tengo que seguir torturándome cuando, en realidad, tengo lo que había buscado desde un principio?

Hace frío.

No demasiado, pero el rocío de la madrugada ha dejado un ambiente húmedo en los jardines del campus. Paseo sin prisa hasta la entrada, porque sé que hoy no conseguiré dormirme. Sí, tal y como había predicho, mañana seré un zombi andante con unas profundas ojeras amoratadas.

¿Por qué diablos tengo ganas de llorar? ¿Por qué no soy capaz de ser feliz? Harding es sexy, guapo y divertido. Y yo tengo lo que buscaba: a él. Entonces, ¿qué me ocurre? ¿Por qué no soy capaz de conformarme con tenerle de esa forma? Puede que me esté enganchando demasiado a esos ojos azules. Puede no. En realidad, sé muy bien que estoy demasiado enganchada. Llegados a este punto lo sensato sería terminar con nuestra relación y que dejásemos de vernos. Sí, eso sería lo más sensato por mi parte; pero sé muy bien que no seré capaz de tomar esa decisión. Es demasiado tarde para hacer algo así.

Las lágrimas comienzan a deslizarse por mis mejillas mientras aprieto el teléfono móvil en el interior de mi puño. No debería hacerlo, pero pienso en Derek. Sí, con él jamás tuve ni un atisbo de pasión, pero tenía otra cosa diferente que Harding no puede darme. Algo que no dolía, que no me hacía daño. ¿Será verdad eso que dicen de que el amor duele? No lo sé.

Son las dos de la madrugada y, ahora mismo, el guapo profesor estará sumido en un profundo sueño. Sé que Derek jamás hubiera podido conciliar el sueño sin saber si yo he llegado bien o no. Más aún, teniendo en cuenta las altas horas de la madrugada que son.

Derek... ¿Estará bien? Soy consciente de que nuestra ruptura le ha roto en mil pedazos y de lo mucho que me quería. Demasiado, diría yo. No solamente era mi novio, sino también mi mejor amigo. Mi apoyo incondicional. Y aunque parezca incomprensible, perderle también está siendo duro para mí.

Entro en la bandeja de mensajes y releo el último que le he escrito. “¿Estás bien? Dime algo, por favor”. Una semana atrás, era yo quien

ignoraba sus mensajes. Ahora las tornas han cambiado.

Me seco las lágrimas y decido que ha llegado el momento de dejar de auto compadecerme. Tengo que ser un poquito más fuerte y acarrear con las consecuencias de mis decisiones. Malas o buenas, son mías. Y debo gestionarlas sin venirme abajo.

Subo las escaleras lentamente, pensativa. No tengo prisa. Siento cómo mi teléfono móvil vibra ligeramente en mi bolsillo y lo saco con la absurda y estúpida esperanza de que se trate de un mensaje de texto de Harding. Pero no. Solamente es una nota recordatoria del calendario.

—Genial... —murmuro en voz baja.

Mañana tengo otro examen. Lo que significa, en definitiva, otro maldito suspenso. Sé que si mi madre se entera de esto me matará. Sin duda.

Arrastro un pie detrás de otro por los fantasmales pasillos hasta la puerta de mi habitación. Entro sigilosamente, procurando no despertar a Cameron, y me filtro bajo las sábanas después desnudarme.

¡Dios! Incluso Cameron, que se pasa el día de fiesta en fiesta, está sacando adelante los controles. No puedo evitar acordarme de mi madre mientras me preguntaba “si esa chica que me ha tocado de compañera no sería una mala influencia para mí”. Si Lizzy pudiera verme en estos momentos, se echaría a llorar de forma desconsolada. Sin duda.

Me quedo mirando las musarañas un rato. Tal y como había predicho, no consigo conciliar el sueño. Estoy agotada, pero tengo demasiados pensamientos merodeando en mi cabeza... Y lo peor de todo es que en menos de cuatro horas sonará mi despertador recordándome el maldito examen que tengo pendiente.

—Mierda... —murmuro, agotada y preocupada.

Al menos, si no voy a dormir, que sea por algo productivo.

Enciendo la linterna del móvil y saco de mi mochila el temario del que me examinarán en unas horas. Puede que no sirva de nada o puede que, al menos, estas pocas horas de estudio contribuyan a un suspenso un poco más digno que aquel al que me dirigía.

Escucho un murmullo lejano de fondo y poco a poco voy abriendo los ojos. Aún no soy capaz de ver con claridad cuando soy consciente de haberme quedado dormida en plena noche de estudio... ¡Mierda! Sobre saltada, me incorporo de golpe. Los cuadernos de apuntes, que se habían quedado abiertos sobre mi regazo, caen al suelo. ¡Mierda!

—Tendrás que contármelo de una vez, ¿no?

Me giro hacia la voz. Hacia Cameron.

Está de pie junto a su cama, terminando de vestirse mientras me escruta de hito a hito.

—¿Contártelo? —repito, intentando ubicarme.

¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo tengo para vestirme?

—Quién es el susodicho —me dice con voz seductora—. ¡Por Dios! ¡No puedes seguir manteniéndole en las sombras!

“En realidad, sí que puedo”, pienso en mi interior. Puedo y debo, porque hacerlo público significaría el fin de nuestra relación. Y, seguramente, de su carrera como docente.

—Ya te lo he dicho... No es de nuestro campus —aseguro, rebuscando en mi armario algo cómodo y limpio—. Ni siquiera estudia.

Toda mi ropa está hecha un rebujo en su interior. La mayoría de ella sucia y sin planchar. Respiro hondo, procurando no comenzar el día agobiada, y me digo a mí misma que tengo que empezar a poner en orden mi vida (y de paso, mi armario).

—Bueno, ¿y qué más da eso? Dile que venga un día y así nos lo presentas en condiciones.

—Sí, bueno... Ya veremos... —murmuro, deslizando por encima de mi cabeza un vestido celeste que no recordaba tener aquí.

Juraría que lo había dejado en casa de mi madre.

—Date prisa, Bridie... Vamos a llegar tarde —me recuerda Cameron.

Y en ese instante, vuelvo a ser consciente de que cuando llegamos a esta universidad ella era la chica descerebrada y yo la compañera de habitación sensata y responsable.

¿En qué momento se han torcido tantísimo las cosas? ¿De verdad todo tiene que ver con Harding o simplemente me estoy volviendo más irresponsable? Puede que el cambio de vida que ha conllevado ir a la universidad haya sido demasiado grande para mí.

Echamos a correr por el pasillo, que a estas alturas está casi desierto. Cameron va repasando la chuleta de apuntes que se ha dibujado en el reverso de la mano. Yo ni siquiera eso. Camino detrás de ella mientras me esfuerzo por recordar algo de los apuntes que repasé ayer, pero debí de quedarme dormida antes de profundizar demasiado, porque no recuerdo nada.

“Otro suspenso no harán que las cosas empeoren aún más”, pienso, procurando darme ánimos.

Aunque llegamos a tiempo, somos las últimas en entrar al aula. Nos toca conformarnos con los sitios restantes, aquellos que el resto del alumnado no ha querido.

—Joder... —murmura Cameron, consciente de que nos tocará hacer el examen en primera fila, a muy pocos metros del profesor.

Será muy difícil que consiga copiar a esta distancia, pero si algo he aprendido durante este tiempo de Cameron, es que no hay que subestimar sus habilidades.

Ya estamos sentadas en nuestros correspondientes pupitres, esperando la llegada del profesor, cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Lo reviso disimuladamente mientras escucho la puerta del aula cerrándose de un portazo. El profesor ya ha llegado.

“Recuerda que nos vemos a las 17:00”.

Genial. Se me había olvidado por completo... Lo último que necesito hoy, para rematar mi desanimo, es ver a mi madre.

—Debido a una fuerte gastroenteritis, el profesor Stewart no podrá estar presente...

Su voz, su escalofriante voz, me recorre de pies a cabeza provocando que el vello de mi cuerpo se erice. “No puede ser...”, pienso, mientras imagino si existe alguna otra posibilidad de empeorar aún más mi mañana.

Mis compañeros vitorean, felices porque el examen se haya suspendido. “Bueno, al menos, una buena noticia”, me digo, animándome. Tendré un par de días más para centrarme y estudiar y, con un poco de suerte, puede que lo apruebe.

—No os emocionéis tanto... —corta Wayne con una sonrisa maliciosa—. Que el profesor Stewart se haya quedado pegado al retrete no os exime de hacer el examen —añade, agitando su maletín en alto mientras el vocerío de alegría que reinaba en el aula segundos atrás se extingue—. Ya sabéis las normas. Nada de hablar con los compañeros, prohibidos los aparatos electrónicos como el móvil, la Tablet o el portátil y, por descontado, si alguien copia suspenderá el trimestre completo —recuerda, mientras comienza a repartir las hojas entre nosotros.

Cuando llega a mí no soy capaz de levantar la cabeza. Me siento demasiado avergonzada como para mirarle a los ojos. Y, la verdad, es que ni

siquiera entiendo por qué. Cuando asisto a las clases de finanzas, que las imparte él, clavo mi mirada en sus ojos azules mientras imagino todo lo que sucederá unas horas más tarde, cuando sea de noche y nos encontremos en su apartamento. Pero hoy no soy capaz. Hoy solo siento vergüenza. Ayer me quedé con él hasta altas horas de la madrugada y hoy me siento aquí, preparada para suspender descaradamente. ¿Pensará que es responsable? ¿Pensará que yo soy una irresponsable inmadura?

Reviso las preguntas atentamente, procurando encontrar alguna que pueda responder. Pero nada, ni una. Estoy en blanco. Lo más sensato sería levantarme de la silla, entregar el examen y marcharme a mi habitación para ir preparando el siguiente. ¡Pero Dios! ¡No puedo! Me siento demasiado avergonzada.

Escucho el “tic tac” del reloj que hay sobre nosotros mientras el nudo de la boca de mi estómago me aprieta más y más. Ansiedad, supongo. Los primeros alumnos que terminan se levantan para entregar sus controles, hasta que poco a poco solamente quedamos Cameron y yo. Ella ha estirado los segundos hasta el último momento, procurando aprovechar cada instante que Harding se distraía para copiar. Y, al parecer, lo ha conseguido.

Suena el timbre, anunciando el cambio de aulas. Cameron escribe su nombre (que siempre deja para el final) y se levanta a entregarlo. Yo, en cambio, espero a que ella se haya marchado para hacerlo mientras pienso en una buena excusa con la que justificar mi falta de responsabilidad. ¿Por qué no puedo, simplemente, entregar el examen y ya está? ¿Por qué me importa tanto lo que Harding piense de mí si, a fin de cuentas, nunca llegaremos a nada?

—Bridie...

Levanto la cabeza y me encuentro sus ojos azules clavados frente a frente. Estoy sudorosa por los nervios y siento cómo el rubor asciende hasta mi mejilla.

—Se me olvidó que teníamos este control de evaluación —murmuro, dibujando una mueca de fastidio.

Harding desliza una hoja sobre mi mesa, dejándola frente a mí. Me quedo mirándola fijamente sin comprender.

—¿Qué...?

Es el examen. Las preguntas con sus respuestas detalladas.

—Esta aula estará vacía la próxima hora y yo voy a olvidarme el maletín sobre la mesa... Ya sabes, un despiste —me dice, sonriéndome de forma cómplice—. Ya sabes dónde dejarlo cuando termines.

El rubor de mis mejillas asciende aún más. Avergonzada, asiento.

—Por cierto... Sé un poco lista y no lo copies todo al pie de la letra —bromea, sacándome una sonrisa mientras se aleja de mí.

Cuando me quedo a solas, el nudo de mi estómago desaparece al instante. Comienzo a copiar las respuestas, modificándolas ligeramente y saltándome unas cuantas. No aspiro a obtener más de un suficiente, la verdad. Creo que sería demasiado injusto. Antes de terminar, me digo a mí misma que esto que Harding Wayne ha hecho por mí no tiene el más mínimo sentido si no me esfuerzo por aprobar el resto de las asignaturas. El tiempo se me echa encima y yo ni siquiera soy consciente de lo mucho que me queda por hincar los codos.

Mi madre y yo siempre nos hemos llevado relativamente bien. Lizzy siempre ha sido permisiva y ha confiado en mí, poniéndome las cosas muy fáciles. Antes de venirme a la universidad, mi vida con ella era perfecta. Salía y entraba de casa sin necesidad de dar explicaciones, mi madre siempre parecía estar de buen humor y me ponía al tanto de sus aventuras en la cafetería y... Derek, mi novio, siempre estaba con nosotras. Se respiraba buen ambiente y felicidad. Quizás, precisamente por esa razón, sentía tanto pánico a cambiar de aires y marcharme a la universidad.

Ahora las cosas son muy diferentes. Mi madre es consciente de que algunas asignaturas se me están resistiendo porque ha hablado con el coordinador de estudios. Creo que, al menos, no sabe hasta qué punto estoy fracasando este trimestre (y doy las gracias por ello). Nos miramos fijamente la una a la otra mientras aspiro la tensión que flota. Ella está disgustada. Y yo ni siquiera sé qué decirle.

Agacho la cabeza y remuevo el café ligeramente. Lizzy no quiere sacar el tema de los estudios a relucir porque sabe que terminaríamos sumidas en una discusión, y yo tampoco pretendo que nuestro primer encuentro en semanas sea una pelea sin sentido. Así que, así estamos, calladas. Sin un tema de conversación del que poder tirar como hacíamos antaño. Sin sonrisas, sin complicidad.

—¿Y cómo van las cosas?

Creo que es la cuarta vez que me lo pregunta. Sé que está un poco nerviosa, lo noto por la forma en la que sopla el chocolate de su taza — aunque hace mucho rato que ya se ha quedado frío—.

—Van bien —respondo nuevamente, sin entrar en detalles.

—¿Qué tal tu compañera de habitación?

—Bien...

—Cameron se llamaba, ¿verdad?

Asiento con la cabeza antes de darle un sorbo al café. Pataleo ligeramente contra el suelo, nerviosa, deseosa porque este maldito

encuentro termine cuanto antes. Doy otro sorbo. Yo casi me he terminado el café, pero ella aún tiene la taza de chocolate entera.

—Mamá, creo que... —comienzo, revisando el reloj para que comprenda que debo marcharme—, se nos está haciendo un poco tarde, ¿no?

Mi madre no responde. Se queda mirándome fijamente mientras dibuja un gesto de disgusto en su rostro.

—¿Sabes que me ha llamado Derek?

“¡Oh, no!”

—Mamá, por favor...

—Llevo toda la semana hablando con el pobre chico, Bridie. Y está destrozado. No entiende nada, ¿sabes? Y la verdad es que yo tampoco.

Presiento cómo su mirada comienza a encharcarse y me doy cuenta de que esto terminará mal. ¿Por qué diablos no podía aguantarse las ganas de discutir? ¿Por qué no podíamos tener un encuentro tranquilo y dejar que las cosas fueran calmándose?

—Derek y yo ya no estamos juntos, mamá. Así que te agradecería que no volvieras a hablar con él —escupo de mala gana—. Te recuerdo que tu hija soy yo. No Derek.

—¡Por Dios, Bridie! —grita, captando la atención de varias miradas—. ¡Ni siquiera te reconozco!

Me levanto de la mesa, decidida a terminar con la pelea antes de que se complique más. Mi madre deja un billete bajo la taza y, de forma apresurada, me sigue hasta la salida.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te ha hecho el pobre chico?

—¡Nada! —escupo, rabiosa, levantando el volumen más de lo que pretendo—. ¡No me ha hecho nada!

—¿Entonces? —inquire, encogiéndose de hombros con los ojos húmedos.

En realidad, sé que esta rabieta no tiene nada que ver con Derek. Sé que, todo esto, va sobre ella y sobre mí.

—Mamá... No le quiero —admito en voz baja, mientras siento cómo mi mirada también comienza a empañarse—. O, al menos, no de la forma en la que le debería querer.

Lizzy enmudece, sin saber qué decir a eso.

—No quiero terminar como papá y tú, ¿sabes? —le digo, aunque sé que este último comentario es demasiado doloroso para ella—. Si siguiera con Derek, sería cuestión de tiempo que terminase huyendo. No era feliz con él.

Mi madre me mira muy fijamente. Puedo sentir su orgullo herido y estoy tentada de retractarme. Pero no lo hago. No lo hago porque todo lo que estoy diciendo es verdad. Derek y yo no teníamos futuro, ni siquiera un ciego hubiera sido capaz de pasarlo por alto.

—Vale, ya... Muy bien —me dice con la voz gangosa, antes de darse la vuelta y comenzar a caminar en dirección a su coche.

—¡Mamá! —grito, esperando que se detenga.

Ella levanta la mano en señal de despedida, sin siquiera mirarme.

—¿Por qué diablos no eres capaz de ponerte de mi parte? —pregunto, rabiosa.

Ella se detiene. Estoy convencida de que seguirá caminando sin decirme nada, pero me equivoco.

—Estás cometiendo un grave error, Bridie. Por eso no soy capaz de ponerme de tu parte.

No puedo ver su cara, pero sé que está decepcionada.

Y supongo que esa es la peor parte de todas; saber que, de uno en uno, voy decepcionando a todos aquellos a los que más quiero.

Cuando llego al campus estoy destrozada. Mi día ha sido un verdadero desastre, de principio a fin, y lo único que puede salvarlo es él. Harding. La misma hora de siempre, el mismo sitio de siempre. Desbloqueo el móvil pero no tengo ningún mensaje nuevo. Me echo en la cama y observo cómo Cameron se maquilla. Hoy va a una de esas importantes fiestas... A una de esas de las que suele salir a gatas y rozando un coma etílico.

—¿Te animas a venir? —me pregunta—. Va a ser una pasada...

“Siempre lo son”, pienso. Pero me reverso mi irónica opinión para no enfadarla.

—Prefiero quedarme. Ha venido a verme mi madre y no estoy de humor.

En lugar de responderme, dibuja unos pucheros al espejo y murmura un casi inaudible “tú te lo pierdes”.

Vuelvo a desbloquear mi móvil. Sin noticias de Harding. Me pregunto a mí misma si realmente le habrá afectado ser consciente de la mala racha que llevo en los estudios. ¿Se sentirá responsable? Sé que el favor que me ha hecho hoy con la prueba trimestral podría costarle su puesto... Y no sé si él

tendrá la misma sensación que yo, pero empiezo a pensar que se la está jugando demasiado por una chica que no es más que un pasatiempo.

Cameron se despide de mí con un beso al aire y sale de la habitación dejando un rastro a perfume barato tras ella.

Es tarde. Casi las doce... Me acurruco en la cama y apago las luces. Me cuesta conciliar el sueño con tantas preocupaciones en la cabeza, pero poco a poco mis párpados comienzan a caer lentamente cuando, de repente, mi teléfono móvil vibra en la mesilla. Es él. Sonrío tontamente mientras me pregunto a mí misma si de verdad soy capaz de vestirme y salir corriendo a estas horas solamente porque me lo pide Wayne.

“¿Haces algo este puente?”

Directo y sin rodeos.

No, no es una invitación a su casa... Es algo mucho mejor.

La boca de Harding se posa sobre mi rodilla derecha y poco a poco va ascendiendo, reptando con un reguero de besos entre mis muslos. Se detiene en mi sexo y lo acaricia muy despacio con la lengua, haciéndome temblar de pies a cabeza. Arqueo la espalda. Siento tanto placer que la sensación es indescriptible, como si una corriente eléctrica me recorriera de arriba abajo, dejándome noqueada.

Succiona mi clítoris mientras sus manos se instalan en mi cadera, apresándome. Tira de mí, atrayéndome más hacia él, y comienza su truco de magia... ¡Dios! ¿Cómo diablos he podido vivir sin esto tantísimo tiempo? ¿Por qué narices he tenido que tardar tanto en descubrir a Harding Wayne?

Sus ojos azules me observan de hito a hito mientras yo me ruborizo, rindiéndome a él. Continúa lamiéndome, tocándome, haciéndome gritar... Sé que ni en un millar de años podré devolverle todo el placer que me está dando.

Mi cuerpo comienza a temblar. Él entra y sale, succiona, lame... Y yo tiemblo y tiemblo, cada vez más... Siento cómo el orgasmo está a punto de alcanzarme cuando, de pronto, se detiene. Puedo sentir su sonrisa en esa mirada achinada que me dedica. Es una sonrisa maliciosa, de esas de niño travieso que me encantan. Abandona mi sexo y comienza a ascender lentamente para besarme. Sabe a mí, pero no me importa. En realidad, me gusta. Masajea mis pechos, entreteniéndose en pellizcar mis pezones, mientras se hunde poco a poco en mi interior. Comienza a entrar y salir de forma suave, sin prisas. Yo estoy húmeda, preparada y ansiosa. Sé que en cualquier momento explotaré. Me sigue besando. Me encanta la forma tan pasional que tiene de besarme. Enrosco mis piernas alrededor de su tronco, atrayéndolo hacia mí en cada embestida para acelerar su ritmo. El jadea de placer y eso me hace perder la cabeza. Harding es... demasiado sensual. Demasiado todo.

Y entonces, lo siento. Siento que estoy a punto de explotar mientras él lame mi cuello con sensualidad. Mis músculos internos se contraen y de

forma involuntaria, lo atraigo con toda mi fuerza hacia mí, clavándole las uñas en el antebrazo. Alcanzamos el orgasmo casi al mismo tiempo y nos caemos rendidos sobre la cama. Hace calor y estamos sudorosos, pero no importa. El ventilador está puesto de fondo, pero no es suficiente para mantener la habitación a una buena temperatura.

—¿Sigue en pie lo del puente? —pregunto con curiosidad, sin poder ocultar mi ilusión.

—Claro —me dice, levantándose de la cama.

Frunce el ceño mientras le veo recoger mi ropa y amontonarla en una esquina del dormitorio. Harding no es desordenado, en absoluto, pero tampoco suele ser tan maniático.

—¿Pasado mañana? —murmuro, procurando no delatarme.

En realidad, estoy tan emocionada como una niña pequeña. Es la primera escapada que vamos a hacer juntos y aunque no dejo de repetirme que no significa nada, no puedo evitar ilusionarme.

—Sí, exacto.

Su móvil comienza a sonar. Harding, que no ha parado de recoger la casa, silencia la llamada y envía un mensaje. Algo en mi interior se enciende y me doy cuenta de que siento celos. ¿Será otra chica? Otra alumna, ¿quizás?

—¿Podría quedarme a dormir? —inquiero, guiada por un impulso que ni siquiera yo consigo comprender.

Mañana hay clase y sé que esta es una de las normas que tenemos en nuestra relación, así que también conozco la respuesta antes de que él conteste.

—Estoy agotada —añado, dibujando unos pucheros infantiles como los que Cameron suele hacer.

—Mejor que no —me dice muy serio—. Mañana los dos madrugamos.

—Madrugaré un poco más y saldré antes de lo normal. Así no tendremos problemas —insisto, mientras él continúa mandando un mensaje con su teléfono móvil.

¿Pero qué es lo que me pasa? ¿Por qué me estoy sintiendo tan desplazada? ¿Tan mal?

—No va a poder ser, lo siento —responde, sin levantar la mirada de la pantalla—. Tengo que ir a buscar a una amiga al aeropuerto.

De forma involuntaria, mi corazón se acelera al escuchar la palabra amiga. Sé que no significa nada... ¿O sí?

—¿Dormiré aquí? —inquiero, levantándome de la cama.

Es evidente que sí, pero aún así necesito escuchárselo decir a él. Cojo mis cosas de mal humor y comienzo a vestirme sin mirarme, ignorándole de la misma forma que él está haciendo conmigo.

—Bridie... —murmura, esta vez con un tono de voz más comprensivo —. Estas cosas ya las hemos hablado, ¿verdad?

Ni siquiera me molesto en levantar la cabeza mientras me ato las deportivas.

—¿Qué hemos hablado, Harding?

—Que tú y yo no nos debemos ninguna explicación.

—Ya, claro... —murmuro para mí misma de mal humor mientras recojo mi bolso y me encamino hacia la puerta.

¡Genial!

Creo que con esa frasecita ya ha dejado todo muy claro. Si su amiga no fuera más que eso, una simple amiga, no hubiera sido necesario el recordatorio.

—Bridie... ¡no seas infantil, joder!

Me doy la vuelta de mal humor. Tengo los ojos empañados, aunque estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarme y no echarme a llorar.

—Una cosa es que no nos debamos explicaciones... Y otra cosa muy diferente que me echés de tu apartamento para meter a otra tía. ¿Entiendes?

Me hierve la sangre. Ni siquiera espero a que Harding me responda. Abro la puerta, salgo apresurada y vuelvo a cerrarla de un portazo. Sé que odia las escenitas, pero me siento tan engañada que ni siquiera soy capaz de controlarme. ¿Qué esperaba? ¿Qué me marchase tan tranquila? ¿Qué le deseara una noche divertida? ¡No lo entiendo?

Un primer relámpago me avisa de la tormenta que está por caer. Segundos más tarde, los truenos resuenan. Acelero el paso en dirección al campus para que no me pille el aguacero en mitad del camino, pero después soy consciente de que, en estos instantes, lo último que me apetece es meterme en una habitación de diez metros cuadrados con Cameron, así que reduzco el ritmo. Mi teléfono móvil resuena en el bolsillo. Lo saco y

compruebo que es él. Espero una disculpa o algo similar, pero no. No es nada del estilo.

“La siguiente vez que te vuelvas a marchar así de mi piso será la última vez que entres. Te recuerdo que tengo vecinos”.

¡Imbécil!

¿En serio? ¿No se le ocurre nada mejor que amenazarme? ¿De verdad?

Trago saliva, aprieto los puños y me detengo en seco, esforzándome por controlar mis nervios y por decelerar el ritmo de mi respiración. Si no estuviera tan enfadada creería que estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

Siento la primera gota de lluvia fría sobre mi hombro derecho. Después, la tromba cae de repente, calándome hasta los huesos. Pero no me importa lo más mínimo; en realidad, me viene incluso bien. Necesitaba algo que me devolviera al mundo real.

Esperaba que, al llegar a mi habitación, ya fuera lo suficientemente tarde como para que Cameron hubiera salido. Sus fiestas nocturnas son intocables y, la verdad, no se pierde una aunque después tenga que arrastrar el sueño durante meses.

Ella aún no se ha marchado. Cuando entro en la habitación se me queda mirando sorprendida, repasándome de arriba abajo. Yo, chorreando, le pido que no haga comentarios y paso al interior. No estoy de humor.

En realidad, ni siquiera sabría describir cómo me siento. ¿Frustrada? ¿Triste? ¿Decepcionada? ¿Enfadada? ¿Rabiosa? ¿Traicionada? Creo que el cúmulo de sentimientos es demasiado intenso y borroso.

—Has discutido con el camarero, ¿verdad?

La miro boquiabierta sin comprender a qué se refiere.

—¿Con el camarero?

Cameron suelta una risita.

—Sí, con tu nuevo novio. ¿Habéis discutido o no?

Respiro hondo, sentándome sobre la colcha de mi cama. La voy mojando entera, pero no me importa. Necesito descansar.

—Sí, algo así —admito, rindiéndome a su interrogatorio.

—La primera discusión siempre es la más dura... Pero todo pasa —asegura ella con una sonrisa, antes de coger una prenda del armario y lanzármela—. Ponte ese vestido, échate espuma en el pelo y vente conmigo a la fiesta.

—No me apetece —refunfuño, casi como si fuera una niña pequeña a la que intentan obligar a hacer algo que no le apetece.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte aquí sentada con el teléfono móvil en la mano, esperando a que te llame y se disculpe?

En efecto, tengo el teléfono móvil en la mano.

De camino al campus he releído el maldito mensaje de Harding al menos una veintena de veces. ¡Imbécil! Lo mínimo que podría hacer es precisamente eso: llamarme con una disculpa.

—¿Sabes qué...?

Cameron sonrío de forma maliciosa.

—¿Qué tengo razón y que soy la compañera de habitación más lista del campus? Lo sé de sobra, así que puedes ahorrártelo —escupe, risueña, mientras se sube un poquito más la minifalda.

Yo suelto una carcajada e inspecciono el vestido que me ha dejado. Es muy... de su estilo. Corto, provocativo y sensual. Perfecto para sentirme el centro de las miradas y para sacar a Wayne de la cabeza por una noche.

Me quito la ropa mojada y me deslizo el trapito por encima de la cabeza. Ni siquiera me molesto en secarme el pelo ni en maquillarme. No me apetece. Creo que, ahora mismo, lo único que necesito es abandonar estas cuatro paredes y divertirme.

—Vámonos.

—¿Ya? ¿Ni un poco de colorete?

Sacudo la cabeza mientras dejo mi teléfono móvil en la mesilla.

Sé que no debería salir sin él por si ocurre cualquier tipo de emergencia, pero también sé muy bien que en cuanto le dé dos tragos a cualquier licor estaré lo suficientemente ebria como para cometer la estupidez de llamar a Harding.

—¡Pues vámonos!

La fiesta no está demasiado lejos.

¡Y menos mal! Porque Cameron está estrenando tacones nuevos y es incapaz de caminar dos pasos seguidos sin perder el equilibrio. Me quedo mirándolos fijamente y me pregunto cómo diablos será capaz de caminar con ellos puestos... ¡Es como si fuera subida encima de un andamio!

Llegamos pasada la medianoche. La casa en la que se organiza el evento está hasta arriba; no entra ni un alfiler. Conseguimos escabullirnos entre la muchedumbre hasta llegar a la cocina. Queda poco alcohol y menos refrescos aún. Cameron tiene la brillante idea de que, esa noche, nos emborracharemos a chupitos de tequila y, para ser sincera, aún sabiendo que mañana me arrepentiré completamente, hoy necesito desconectar.

Seis chupitos más tarde, lo consigo. Harding Wayne y sus malditos ojos azules, me dan igual.

6

Me duele la cabeza horrores.

Cuando abro los ojos me doy cuenta de que ayer me metí en la cama sin quitarme el vestido que Cameron me dejó. El despertador de mi compañera suena de fondo, taladrándome la cabeza. La habitación huele fatal, a vómito y a tequila rancio.

Cameron murmura algo incomprensible antes de levantarse y apagar la alarma.

—Gracias... Me va a explotar la cabeza —le digo, masajeándome las sienas.

—Tenemos que espabilar... Hay clase.

Miro a Cameron de reojo antes de volver a dejarme caer en la cama.

—Creo que paso.

Estoy agotada y no he dormido más de dos horas. Necesito descansar, porque ahora mismo soy un despojo humano.

—Venga, espabila... Tenemos primera hora con el guaperillas de Finanzas.

El guaperillas de Finanzas al que Cameron se refiere es, para mi desgracia, Wayne. Y lo último que me apetece hoy es verle.

—Paso, de verdad. Estoy muerta.

Cameron asiente con una risita traviesa mientras recoge su toalla y la ropa que se pondrá después de la ducha.

—Es la falta de costumbre —asegura, guiñándome un ojo—. Solamente necesitas un poco más de entrenamiento.

La fulmino con la mirada antes de darme la vuelta para seguir durmiendo. Pero cuando cierro los ojos, las imágenes de la noche anterior comienzan a aparecer en mi cabeza formando pequeños flashbacks.

—No, no, no... —murmuro, enterrando mi rostro bajo la almohada.

¿Pero qué diablos hice ayer?

No lo recuerdo con demasiada claridad, pero soy consciente de que terminé metida en un baño morreándome con un desconocido. O, al menos, eso

espero que sea. Un desconocido al que no volveré a ver en mi vida. El pelo me huele a vómito y me siento asquerosa mientras rememoro cómo el tío — al que no consigo poner nombre ni cara— me toqueteaba por todas partes, metiendo las manos bajo mi vestido. Supongo que, en ese momento, sucedió lo que yo deseaba... Pero ahora mismo no puedo evitar sentirme sucia y asquerosa.

—Estupendo... —escupo con ironía antes de levantarme de la cama.

Me quito el vestido y me envuelvo en una toalla antes de dirigirme a las duchas. Cuando llego están prácticamente vacías, cosa que agradezco. A estas alturas la mayoría de las alumnas ya están terminando de prepararse o dirigiéndose a sus correspondientes aulas.

Me desmaquillo frotando mi rostro con una pastilla de jabón y me lavo el cuerpo a conciencia, preguntándome si lo de anoche fueron solamente cuatro besos o si llegó a pasar algo más. No, no. Solamente fueron unos besos sin importancia, estoy convencida. ¿Y si me encuentro con el chico en cuestión y no soy capaz de reconocerle? ¿Y si tropiezo con él en los pasillos del campus? Me esfuerzo por recordar algún rasgo característico que me ayude a identificarle, pero lo único que recuerdo es que no besaba mal y que tenía los ojos marrones.

Definitivamente, no volveré a salir. Creo que empiezo a creer a mi madre cuando me dice eso de que Cameron no es muy buena influencia para mí.

Quito las sábanas con olor a vómito sobre las que he dormido estas noche y las sustituyo sobre unas nuevas antes de filtrarme bajo ellas, desnuda, y echarme a llorar. Hoy es el último día de clase y si Harding y yo no hubiéramos discutido, mañana nos iríamos juntos de puente. Sé que ninguno de los dos ha dado el paso de cancelar el plan, pero... Creo que es bastante evidente después de cómo nos despedimos por última vez —y, todo sea dicho, después del mensajito poco agradable que me envió—.

¿Estoy preparada para perderle? ¿Para cruzarme con él todos los días y tratarle como a un profesor más? ¿Para no mirarle con los mismos ojos que al resto de los docentes? Creo que no. Aunque supongo que poco tiene que ver mi capacidad de adaptación con la realidad que hay ahora mismo entre nosotros.

Al final, consigo quedarme dormida. Cuando vuelvo a despertarme sigo tan colapsada por los efectos del tequila que ingerí anoche que mi cabeza

continúa dando tumbos. Me duele cada articulación de mi cuerpo y, aunque he dormido más de doce horas, sigo sin ser una persona racional. ¿Cómo diablos se las apaña Cameron para salir todas las noches y despertarse cada mañana como si no hubiera pasado nada? ¡Si prácticamente no duerme! Es cierto que, a media tarde, suele tirarse en los jardines con una visera y echarse una buena siesta... Pero, en mi caso, ni siquiera con eso sería suficiente para recuperarme a su ritmo de vida.

La luz que indica nuevos mensajes de mi teléfono móvil parpadea. Lo cojo de forma insegura, con un nudo en el estómago, esperando encontrar algo que no quiero leer. Pero no. No se trata de Harding, si no de mi madre.

“¿Vendrás a casa a pasar el puente?”

Respiro hondo sin saber qué decir. Mi plan perfecto era marcharme con el guapo profesor de los ojos azules, pero supongo que volver a casa será mejor que quedarme sola, en el campus.

Estoy pensando qué responder cuando entra un mensaje nuevo. Esta vez, sí, es de Wayne. Mi corazón se acelera desbocadamente y necesito relajarme y contar hasta diez muy despacio antes de abrirlo. La verdad, si soy sincera, no estoy preparada para soportar una ruptura. En absoluto.

Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Lo abro.

“Mañana a las 10 en mi apartamento. Trae ropa para tres días”.

Necesito releerlo dos veces más, porque me cuesta creer lo que pone. Así, ¿sin más? “Se habrá cansado de su amiguita la del aeropuerto”, pienso, aunque después decido desechar ese tipo de pensamientos negativos antes de que terminen pasándome factura.

Contesto a mi madre escuetamente, sin demasiadas explicaciones: “Me quedaré estudiando en el campus, mamá. Un beso”. Y después, apago las luces, decidida a continuar con mi cura de sueño.

Una cosa tengo clara: da igual lo mucho que Cameron insista, no volveré a salir con ella en lo que me resta de vida.

Cuando suena mi alarma, a las ocho de la mañana, estoy hecha un flan. La verdad es que Derek y yo nunca hicimos ninguna escapada juntos, así que este fin de semana será muy especial para mí. Además, Harding es... Harding. Demasiado irresistible. Mi perdición.

Cameron ronca profundamente en su cama, ajena al ruido que estoy haciendo al preparar mi bolsa de viaje. ¿Qué llevo? ¡Ni siquiera sé a dónde vamos! ¿Playa o montaña? ¿Frío o calor? No puede ser un sitio muy lejano porque vamos en coche. Además, solamente tenemos tres días libres y después tendremos que regresar a la realidad del campus.

Cojo un poco de todo. Prefiero pecar de precavida que tener que comprar ropa allá donde estemos. Bueno, eso y que... sí he de ser sincera, las pagas de mi madre no dan para demasiado. Empiezo a pensar que lo más sensato sería ponerme a trabajar para poder pagarme mis caprichos sin la necesidad de andar detrás de Lizzy. Sé que ella se desvive por pagarme la universidad y que, para ser justos, no debería pedirle más de lo que me puede dar.

Una hora más tarde, ya estoy duchada, vestida y con la maleta lista. Cameron continúa profundamente dormida en la cama contigua. Sonrío al verla; ni siquiera sé a qué hora llegó ayer, pero debió de ser bastante tarde. La verdad es que envidio esa forma que tiene de dormir en profundidad. Podría caer una bomba en el campus que no se enteraría.

Cargo mi bolsa de viaje al hombro y me escabullo lo más sigilosamente posible de la habitación. Esperaba encontrar los pasillos vacíos, pero no. Al igual que yo, muchos alumnos aprovechan estos días libres para regresar a sus respectivos hogares, así que la gente corretea de un lado al otro. Da la sensación de que es un día de clase.

—¿Bridie?

Me giro al escuchar mi nombre.

Un chico alto, guapo y castaño me mira con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Nos conocemos? —murmuro, algo confusa mientras procuro ubicarlo en mis recuerdos.

Él suelta una carcajada y después me guiña un ojo.

—Deberíamos, al menos —me dice, aunque no parece tomarse a mal mi falta de memoria.

Se acerca a mí un par de pasos más y... ¡Mierda! ¡Ya sé quién es! ¡El chico de la fiesta!

Siento cómo el fuego asciende a mis mejillas y soy incapaz de ocultar el rubor y la vergüenza que siento.

—Soy Cliff —explica, risueño—. Supongo que si no recuerdas mi cara, menos aún mi nombre.

Lo dice de forma agradable. Soy consciente de que no pretende hacerme sentir mal, ni mucho menos.

—Lo siento, de verdad... no estoy acostumbrada a beber y...

Él levanta la mano, restándole importancia a la situación.

—No te preocupes, tranquila. Tengo que irme... —añade, señalando la maleta de cabina que arrastra junto a él—. Me están esperando. Pero a la vuelta, si te apetece, podríamos quedar para tomar algo...

Quiero decirle que no, pero ya me siento lo suficientemente avergonzada como para ello.

—¡Claro! ¡Sí, cuando quieras!

Cliff me dedica otra sonrisa antes de sacar su teléfono móvil. Se me queda mirando con fijamente.

—¿Me das tu número, entonces?

—Sí, sí... Claro.

“Tierra, trágame”, pienso, mientras uno a uno le voy diciendo todos los dígitos de mi teléfono. Nos despedimos con rapidez, cosa que yo agradezco, y cada uno continúa con su respectivo camino.

Estoy preguntándome a mí misma si Cliff será el típico pesado que se pasa el día bombardeándote a mensajes cuando, aún sin haber llegado al apartamento de Wayne, recibo el primero.

“Quería comprobar si me has dado un número falso...”

Al final del mensaje, ha puesto una carita con un guiño. Me río de forma absurda y decido contestarle. Supongo que lo hago porque me siento mal conmigo misma por haberme enrollado con él y no ser capaz de reconocerle.

“No es un número falso. Puedes respirar tranquilo”.

Añado otro guiño y pulso la tecla de enviar.

Llego a las diez menos diez al apartamento de Wayne. Podría tocarle el timbre y decirle que ya estoy aquí, pero en lugar de eso me siento en uno de los escalones de la entrada y espero tranquilamente hasta que él baje.

Nuestra última despedida fue desastrosa, así que no quiero ni imaginar del humor del que estará o cómo será este reencuentro. ¿Tendremos otra discusión? ¿Debería preguntar si ya se ha marchado su amiguita o lo mejor será dejar el tema? ¿Cómo debería comportarme a partir de ahora si vuelve a suceder? Está claro que no quiero perderle. Y también soy consciente de que ninguno de los dos nos debemos explicaciones, pero... Creo que la última vez se sobrepasó. Me sentí... humillada.

Un Range Rover plateado se detiene junto a mí. Tardo un par de segundos de más en levantar la cabeza y comprobar que, en el asiento del conductor, está mi guapo profesor de ojos azules. Me dedica una sonrisa de oreja a oreja y yo no puedo hacer otra cosa que devolvérsela.

—¿Subes, guapa? —bromea, sin borrar la sonrisa.

Yo suelto una carcajada, dejo la bolsa de viaje en los asientos traseros y me apresuro a subir. Nos miramos fijamente y nos sonreímos. Me gustaría darle un beso a modo de saludo, pero creo que no sería apropiado. Además, aún no he tanteado el terreno y aunque parece que está de muy buen humor, no lo sabré hasta que llevemos un rato juntos.

Harding se pone en marcha al momento. Parece un poco nervioso y doy por hecho que, hasta que no abandonemos las inmediaciones del campus, no se le terminará de pasar. Entiendo que podría significar tener que dar muchísimas explicaciones si le ven conmigo en el coche.

—El otro día no viniste a mi clase... —murmura en voz baja.

La música de la radio resuena de fondo, así que prácticamente no se le escucha.

—No me encontraba bien —resumo, porque no me apetece darle demasiadas explicaciones.

Él suelta una risita.

—¿Te ríes?

—¿El “no me encontraba bien” es sinónimo a “seguía borracha”?

Me ruborizo al instante, preguntándome cómo diablos ha llegado a obtener esa conclusión.

—¿Cómo lo sabes?

—Creo que tu compañera de habitación debió de decirlo, al menos, una docena de veces...

Suspiro profundamente mientras me hundo en el asiento, avergonzada.

—No estoy demasiado orgullosa de ello —susurro en voz bajita.

Harding da un giro cerrado antes de incorporarse a la autopista. Nada más hacerlo, se relaja. Puedo sentir cómo sus hombros se destensan y cómo adopta una postura mucho más natural.

—Me alegra saberlo. Vengarse de esa forma solamente denota inmadurez —me dice sin apartar la mirada de la carretera.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Vengarse? —repito, incrédula—. ¿Cómo que vengarse? Lo único que hice fue salir con una amiga a tomar unas copas.

Evidentemente, mi pequeño encuentro con Cliff en los lavabos es mejor reservármelo para mí.

—Lo hiciste porque habíamos discutido, Bridie. No me trates como a un idiota porque tengo unos cuantos años más que tú...

“Y sé un poco más que tú”. No lo dice, pero intuyo que de esa forma pretendía terminar la frase.

Estoy a punto de replicar, pero supongo que significaría continuar una discusión en la que no tengo ninguna gana de enfrascarme. Ambos guardamos silencio unos segundos, pensativos, hasta que finalmente decido cambiar de tema y dejar el pasado atrás.

—¿Vas a contarme a dónde me estás llevando?

Wayne sonrío.

Es una de esas malditas sonrisas que le achinan los ojos y que a mí me encantan. Me vuelve loca.

—En realidad, prefiero sorprenderte.

Le devuelvo la sonrisa y asiento. Genial... Nuestra primera escapada juntos y pretende sorprenderme. Me encanta.

El sol golpea el parabrisas mientras yo me reclino en el asiento, dispuesta a disfrutar del viaje. Me digo a mí misma que, al menos por un fin de semana, pienso aprovechar cada instante con él sin necesidad de aparentar. Será como si, de una vez por todas, fuéramos una pareja corriente. Allá donde estemos yendo no tendremos que ocultarnos, porque

nadie nos reconocerá. Sin dar explicaciones, sin sentir miedo a ser pillados in fraganti.

El ronroneo de las ruedas sobre el asfalto provoca que poco a poco vaya cayendo en un estado de seminconsciencia. Sin darme cuenta, termino cayendo en un profundo sueño. Me despierto casi dos horas más tarde. La radio sigue puesta, aunque a un volumen más bajo, y Harding continúa al volante. En el portavasos hay una lata de refresco a la que de vez en cuando le da algún sorbo.

—Dos paradas y ni siquiera has pestañado —se ríe, mirándome de reojo.

—Estaba muy cansada —admito, un tanto avergonzada.

Espero, al menos, no haberme puesto a roncar.

—Bueno, voy a perdonarte la falta de compañía porque me siento aliviado al verte despierta. Empezaba a pensar que habías entrado en coma.

Le doy un codazo juguetón y suelta otra risotada. Después agarra mi mano y, delicadamente, se la lleva a los labios. Deja en ella un beso fugaz antes de devolvérmela. Yo, anonadada, me esfuerzo por no poner cara de tonta enamoradiza. Aunque ahora mismo es así como siento; atontada y enamorada. Muy enamorada. Es la primera vez que Harding tiene un detalle semejante conmigo, así que es imposible dejarlo pasar sin emocionarme. Además, ese gesto... ¿Estoy volviéndome loca o es un gesto demasiado íntimo? Está claro que cada vez significa más para él, por mucho que intente negarlo.

—Tenía ganas de pasar este fin de semana contigo, la verdad... —dice con voz seria.

—Yo también —admito—. Estaba deseando escapar de ese apartamento maloliente.

Wayne se ríe de forma cómplice antes de colocar su mano sobre mi rodilla. Yo, internamente, sonrío tontamente. ¿Por qué diablos se comporta de esta forma tan... cariñosa? No sé con exactitud si se debe a la discusión que tuvimos el otro día, a si es consciente de que ha estado a punto de perderme o simplemente a que hayamos salido del entorno del campus. Sea como sea, me encanta. Espero que no me malacostumbre demasiado, porque creo que querré esto para siempre.

Unos minutos más tarde, la costa aparece por el horizonte. Abrimos las ventanas y dejamos que el olor a salitre se filtre al interior del vehículo.

Huele a vacaciones y a desconexión.

Harding, que hoy está más parlanchín que de costumbre, me cuenta que sus padres y él siempre han veraneado aquí. Me explica que tienen un pequeño apartamento muy cerca de la playa y que solían ir todos los veranos para intentar escapar del ajetreo y el estrés de la ciudad. Sonrío mientras me explica su infancia mientras, inevitablemente, me siento importante para él. Supongo que si solamente fuera una chica más para Wayne no me explicaría todo esto y me llevaría al apartamento de veraneo de sus padres..., ¿no?

El apartamento es muy pequeño; una única habitación, un salón comedor que está conectado a la cocina por una barra americana y un cuarto de baño. Para nosotros dos, la verdad, es que no necesitamos más. Está decorado con gusto y cariño. Se nota que la madre de Harding es muy detallista y perfeccionista. ¿Y las vistas? ¡Son increíbles! El salón tiene un enorme ventanal para contemplar el mar y la arena. La playa, que se abre camino frente a nosotros, no está demasiado abarrotada y parece estupenda para darse un baño, leer un rato y desconectar.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa? —inquiero, preocupada.

—No he traído traje de baño... —le explico, dibujando una mueca de disgusto.

En realidad, creo que ni siquiera tengo ninguno en el campus. Debo de tener todos mis bikinis en casa de mi madre.

—No te preocupes... Compraremos uno más tarde. ¿Te parece?

Asiento, esforzándome por dibujar una sonrisa y que no se note mi malestar.

La verdad es que no tengo ni idea del estado de mi cuenta bancaria, pero sospecho que no queda demasiado dinero en ella. Ni en ella, ni en mi bolsillo. No quiero que Harding tenga que pagar todo durante esta escapada, pero mucho me temo que tampoco podré hacerme cargo de los gastos por igual. Intento pensar algo. Admitir en voz alta que mi madre me da la paga y que se me ha agotado me parece muy deprimente. Además, él se gana la vida trabajando y lo último que quiero es que me siga viendo como esa “niña” a la que da clases. Me repito a mí misma que en cuanto estemos de vuelta, me pondré muy seriamente a buscar trabajo. Donde sea y como sea, pero tendré que solucionar este problema por mí misma.

—Ven aquí... —ronronea, cogiéndome de la mano.

Yo le sigo encantada mientras él me arrastra al dormitorio.

Ambos nos dejamos caer sobre la cama. La ventana, frente a nosotros, está

abierta. No es el gran ventanal del salón, pero es bastante grande y las vistas son igual de maravillosas. Nos acurrucamos el uno junto al otro, en silencio. A pesar de haber dormido durante todo el trayecto, estoy agotada. Creo que aún arrastro falta de sueño de mi noche de locura y desenfreno. Harding, mi guapo profesor de ojos azules, también parece cansado. Introduce la mano bajo mi vestido y yo me tenso al instante, intuyendo por dónde irá a parar... Pero no, me equivoco. Ascende hasta mi espalda y de forma cariñosa comienza a acariciármela con la yema de sus dedos.

—¿Te parece si descansamos un rato y después salimos a hacer la compra para estos días?

Asiento en silencio y con los ojos cerrados, dejándome llevar por el instante. Disfrutando de sus caricias y del sonido del oleaje que llega lejanamente hasta nosotros.

Harding desliza el otro brazo por encima de mi cuerpo y se acurruca junto a mí. El peso de su cuerpo sobre el mío me proporciona una sensación de paz indescriptible. Me siento feliz, muy feliz. Intento recordar haberme sentido así de dichosa en algún momento de mi relación con Derek, pero no soy capaz de rememorar ni uno solo. Con Derek todo era mucho más fácil, sí. Pero también mucho menos intenso. Supongo que querer y tener todo son cosas incompatibles. Por un momento, justo antes de quedarme dormida, recuerdo que el año que viene Harding se marchará a otra universidad y toda mi felicidad se esfuma por unos segundos. Aunque jamás lo admitiría en voz alta, no estoy preparada para perderle. Sé que me destrozaría por completo.

Una media hora más tarde, las risas inocentes de unos niños que juegan cerca de nuestro apartamento nos devuelven a la realidad. Mi guapo profesor aún tiene cara somnolienta cuando me dedica su primera mirada.

—¿Qué estás mirando? —pregunto, risueña.

Él, sin contestar, se abalanza sobre mí. Presiona sus labios contra los míos ferozmente, envolviéndome con sus brazos. Nos fundimos en un largo beso mientras la temperatura de la habitación va subiendo poco a poco. De pronto, la ropa comienza a sobrnos. Desliza mi vestido por encima de la cabeza, dejándome en ropa interior. Deshacerme de sus pantalones y de su camiseta me resulta un tanto más laborioso, pero al final termino consiguiéndolo. Nos reímos, nos besamos y nos tocamos. Como si

fuésemos una pareja normal que está de vacaciones, ajena a todo lo demás. Como si, simplemente, fuésemos Bridie y Harding. Nada más.

Me doy cuenta de lo relajado que parece estar. Su risa, su forma de mirarme, de tocarme... Ni siquiera parece la misma persona.

Me deslizo sobre él. Sus manos acarician mi espalda desnuda mientras yo me rozo suavemente contra su entrepierna. Nuestros labios continúan presionando y nuestras lenguas redescubriéndose. Porque hacer el amor con Harding significa eso mismo; redescubrirse en cada ocasión.

Aparto mi ropa interior y guío su miembro hasta mi interior, poco a poco. Siento la presión llenándome y comienzo a moverme lentamente, hacia delante y hacia detrás. Harding jadea. Pocas veces suelo tomar las riendas del control cuando hacemos el amor, aunque sé que le encanta mirarme desde esa perspectiva. El problema es que mi falta de experiencia en la cama sigue haciéndome sentir un poco inferior a él. Pensar si lo estoy haciendo bien o si, en efecto, su amiga la del aeropuerto sabrá hacerlo mucho mejor que yo, me destroza. Sí, sé que no debería pensar en esas cosas, pero... Sacudo la cabeza y me centro en el hombre que tengo ante mí. En sus profundos ojos azules. Me mezo suavemente. Cada vez más fuerte, más rápido, más intenso. Sus manos masajean mis pechos y después se posan en mi cadera. Yo desato mi cabello, liberándolo de la cola de caballo para que caiga sobre mi espalda. Y cuando veo que mi guapo profesor de ojos azules empieza a jadear, aumento el ritmo... Más, y más... Nuestros cuerpos sudan, nuestras manos se buscan, nuestras lenguas se entrelazan pidiéndonos más. Todo comienza a dar vueltas. Siento cómo el orgasmo está a punto de atravesarme por la mitad y, de forma inconsciente, aumento el ritmo. Harding cierra los ojos y aprieta la mandíbula, y ese pequeño gesto me indica que ambos nos encontramos en la misma situación. Más, más y más... Hasta que, finalmente, los dos estallamos.

Me dejo caer sobre él con una sonrisa de satisfacción en los labios mientras siento su abrazo. Entrelazo mis piernas con las suyas y me permito cerrar los ojos unos instantes para recuperar el ritmo normal de mi respiración. Ambos estamos sudorosos y cansados, pero no me importa.

—Me muero de hambre —confieso con una risita.

Harding me propina una juguetona palmada en el trasero antes de incorporarse. Si llego a saber que con esa frase iba a levantarlo de la cama, me hubiera callado.

—Vístete y vamos a comprar —me dice, guiñándome un ojo—, creo que deberíamos armarnos de provisiones para estos días.

Siento el sol golpeándome la piel. Estoy convencida de que me estoy quemando, pero no me importa lo más mínimo. Me encanta la sensación de arder bajo los rayos de sol en verano, sentir la arena mojada hundiéndose entre mis dedos al caminar por la orilla o el contraste que provoca el agua fría cuando me sumerjo en ella. Adoro la playa, aunque he de confesar que nunca he pasado unas vacaciones cerca. Derek y yo solíamos hablar de alquilar una casita en la costa, pero nunca llegamos a hacerlo.

Derek. ¿Cómo estará? ¿Seguirá dolido? ¿Me habrá superado? No puedo evitar sentirme culpable pensando en todos esos proyectos de futuro que teníamos juntos y que no llegarán a ningún lado. Supongo que, con él, todo habría sido muy fácil: sacarnos nuestras respectivas carreras mientras aprovechábamos los festivos para vernos furtivamente, pasar las navidades juntos, buscar trabajo, comprarnos un pisito hipotecándonos de por vida — quizás sumándole el préstamo del coche—, casarnos, tener hijos... Una vida que muchas personas considerarían envidiable. Noto la yema de los dedos de Harding acariciando la piel ardiente de mi brazo. No, evidentemente, no quiero esa vida si significa no tener a Wayne junto a mí. Sé que ahora las cosas no son tan fáciles y puede que un “nosotros” no sea posible (puede que ese “nosotros” ni siquiera dure demasiado tiempo), pero esto que tenemos me hace sentirme viva. Me hace sentirme feliz.

Entrelazo los dedos de mi mano con los de Wayne y cierro los ojos. Las imágenes de este mediodía en el supermercado aparecen en mi mente. Caminar juntos por los pasillos, escoger la comida del fin de semana, el chocolate para la película de la noche... Aquí somos aquello que anhelo tantísimo: una pareja normal y corriente. No necesito esforzarme demasiado para imaginar cómo sería convivir con Harding en un futuro. La vida, el día a día, sería increíble. Seguramente, discutiríamos muchísimo. Él tiene mucho carácter y sé que, en ocasiones, su testarudez me desquiciaría. Pero nos las apañaríamos bien; estoy segura.

Por un segundo, recuerdo que el año que viene Harding se marchará muy lejos, a otra universidad, y me vengo abajo.

—¿Te apetece un chapuzón? —pregunta, levantándome el ánimo.

Acepto sin pensármelo.

Estoy sudorosa y tengo calor, así que un baño fresquito me vendrá de maravilla.

Caminamos juntos hasta la orilla. Harding se mete al agua en dos segundos pero yo necesito un poco más de tiempo. Sí, adoro la sensación de contraste del sol con el agua fría, pero la verdad es que necesito un par de minutos para adaptarme antes de sumergirme por completo. Él, impaciente, se acerca hasta mí para tirarme del brazo y obligarme a caminar. Y, finalmente, entre risas, termino cayéndome de morros al agua. Me río como una tonta, salpicándole y amenazándole con una agüadilla. Harding parece estar disfrutando tanto de este fin de semana que, constantemente, tengo la sensación de que parece otra persona diferente. Una mucho más feliz y risueña, despreocupada y agradable. Este Harding ha dejado en muy segundo plano al preocupadísimo profesor que no permite que ningún hilo suelto se le escape de control.

Me abrazo a él, enroscando mis piernas alrededor de su tronco. Él también me abraza, besándome el cuello.

—¿Estás disfrutando? —me pregunta.

Asiento con sinceridad, sin necesidad de decir una sola palabra en voz alta. Creo que es más que evidente lo dichosa que me siento.

—¿Y tú? ¿Estás disfrutando? —inquiero, curiosa.

Harding asiente.

—¿Te soy sincero?

Yo me río.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me gustará?

Él sacude la cabeza.

—Estoy disfrutando mucho más de lo que creía que disfrutaría.

No sé qué significa eso, pero supongo que es bueno. Muy bueno. Me estrecho con más fuerza entre sus brazos, hundiendo mi nariz en su cuello. Harding levanta mi barbilla para besarme mientras recorre mi cuerpo con sus manos, que terminan perdiéndose en mis pechos.

—Vas a terminar desatándome mi bikini —susurro en su oreja.

—No me importa —me responde, comenzando a jadear ligeramente.

Sé lo que está buscando...

—A mí sí, porque la que tendrá que salir desnuda del agua si termina perdiéndose, seré yo.

Harding sonrío con malicia. Puedo ver las malas intenciones en su mirada.

—Te compraré uno nuevo... —promete, introduciendo la mano bajo la braguita.

Le he tenido que contar que me he dejado la tarjeta de crédito en el campus. Admitir que no tengo dinero para un bañador era demasiado deprimente, así que Harding se está haciendo cargo de todos los gastos que estamos teniendo durante la escapa.

—Te lo devolveré en cuan... —murmuro cuando él comienza a masajear mi sexo, silenciándome al instante—. ¿Sabes que hay... gente? —consigo decir, jadeando de placer.

—Nadie nos mira —asegura, travieso y malicioso.

Me encanta esta versión alocada y divertida de Harding Wayne. Una versión mucho más real de sí mismo. Una versión que no tiene miedo de vivir.

Siento su miembro duro y erecto bajo el bañador mientras él continúa tocándome. No sé cómo terminará esto... Pero lo que sí sé es que tenemos demasiado público a nuestro alrededor. No me siento cómoda. Estamos bajo el agua, pero una pequeña bajada de marea dejaría al descubierto mi bikini subido y mis pechos al descubierto.

—Relájate y concéntrate en mí... —ronronea en mi oreja.

Respiro hondo, procurando obedecer sus órdenes y dejándome llevar. Harding continúa tocándome mientras yo me esfuerzo por mantener el rostro sereno y que ningún gesto pueda delatarme ante el resto de los bañistas. Pero soy incapaz. Entierro mi rostro en su hombro cuando siento su miembro restregándose en mí. ¿No pretenderá...? Y entonces, se hunde en mi interior. Suelto un gritito y muerdo su hombro para ahogar otro mientras él me sube y baja, provocando que un intenso placer recorra mis entrañas.

—¡Oh, Dios...! —jadeo, rindiéndome a él y olvidándome por completo de mi entorno.

Harding me aprieta con más fuerza contra él. Puede subirme y bajarme sin esfuerzo, porque al estar en el agua mi peso se vuelve pluma para sus

brazos. Me besa, le beso... Y siento cómo en cualquier instante estallaré. Cuando lo hago, ahogo mi grito de placer apretando mis labios contra los suyos. Unos segundos más tarde, Harding también estalla.

Sonreímos de manera cómplice, mirándonos fijamente mientras examinamos a las personas más cercanas por si alguna de ellas haya podido percatarse de nuestros actos.

—No me veo el hombro... —susurra muy bajito—, pero estoy seguro de que me has dejado una bonita marca.

Miro hacia su hombro y, en efecto, se puede ver claramente mi mandíbula marcada en él.

—¡Oh, Dios, lo siento! —exclamo, sin saber si reírme o tomármelo en serio.

—Si querías que no me quitase la camiseta delante de ninguna otra chica, solo tenías que pedírmelo —bromea, aún con sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Me quedo callada unos instantes, temblorosa por si esto que estoy a punto de decir estropea el momento.

—¿Sí? ¿Solo tengo que pedírtelo?

Él me devuelve una mirada seria, consciente de que la broma ha dejado de ser una broma.

—Pues te lo pido —le digo, muy seria—. No quiero que te quites la camiseta con ninguna otra chica.

Sé que eso no es lo que habíamos hablado y sé que las normas entre nosotros estaban muy claras: ambos somos libres de actuar como queramos y no nos debemos explicaciones.

Pero las cosas ya no son tan sencillas porque, en estos instantes, no se trata de una mera atracción sexual. Harding hace que me sienta feliz y la complicidad que se está formando entre nosotros es palpable. Nos deseamos y nos gustamos. Es recíproco. Y habría que estar ciego para no verlo.

—Creo que deberíamos salir del agua...

Sus brazos deshacen el nudo que enroscaba mi cuerpo, liberándome. Antes de que pueda dar la primera brazada, le sujeto por la muñeca con firmeza.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, Wayne. Solamente quiero un poco de seriedad...

—¿Un poco de seriedad?

—Ser la única —le digo, muy seria, armándome de valor—. Solo te pido eso. Ser la única.

Suspira hondo, pensándoselo, pero no responde.

Se libera de mi mano y comienza a nadar hacia la orilla, dejándome aquí plantada. Siento cómo mis ojos se encharcan y tengo que esforzarme por no echarme a llorar aquí mismo. ¡Joder! Acabamos de hacer el amor, estamos pasando un fin de semana maravilloso y... ¿Le extraña lo que le estoy pidiendo? ¿Tan difícil es de entender lo que deseo?

No es una cuestión de capricho. Ahora mismo, mis sentimientos por él son tan intensos que el solo hecho de pensar que puede estar con otra me parte en dos. Me rasga el alma.

Me trago el orgullo de la mejor forma que soy capaz, me recoloco por completo el traje de baño y echo a nadar hacia la orilla. Harding ya está en la toalla, bocabajo. Cuando llego junto a él, no se molesta en decirme nada. Ni siquiera me saluda.

Me tumbo junto a él en silencio, decidida a no ser yo la encargada de aflojar esta tensión que se ha formado entre nosotros.

—Serás la única —susurra con un hilillo de voz.

Pestañeo, incrédula, sopesando la posibilidad de haberle entendido mal.

—¿Qué has dicho? —pregunto, confusa, con el corazón acelerado.

—Que eres... y serás la única.

Una sonrisa de oreja a oreja ilumina mi rostro y, sin poder contenerme, me lanzo sobre Harding sin ser capaz de ocultar mi repentina felicidad.

Puede que las cosas entre nosotros no sean tan perfectas como me gustaría pero, al menos, son. Y con eso me basta.

Llueve.

Me quedo mirando la playa vacía a través del ventanal del salón, observando cómo el aguacero se mezcla con el mar salado. La verdad es que no me importa lo más mínimo el mal tiempo, porque después del maravilloso día que tuvimos ayer, lo que más me apetece ahora mismo es quedarme en casa acurrucadita junto a Harding Wayne.

No sé muy bien la razón, pero creo que esta escapada juntos está cambiando su forma de ver las cosas. Puede que, de alguna manera, le esté mostrando cómo podría ser nuestra relación si no estuviera en la universidad...

De pronto, una bombillita se enciende en mi cabeza. ¿Y si su marcha a la universidad de Chicago no es una noticia tan mala como hasta ahora me había planteado? Yo, si es que espabilo y consigo sacarme la carrera, no pasaré demasiados años aquí metida. Y durante ese tiempo Harding y yo no tendremos ninguna barrera que nos impida estar juntos más allá de la distancia. ¿Podríamos con ello? ¿Estaría él dispuesto a luchar por una relación a distancia? ¿Soportaría tenerle lejos? ¿Confiaría en él? Sí, definitivamente, sí.

Yo daría todo porque esto funcionase, porque, de una forma u otra, todo saliera bien.

—Estás muy pensativa hoy... —murmura, acariciándome la espalda mientras también observa el mar.

El oleaje es fuerte e intenso, perfecto para acompañar al cielo grisáceo.

—Puede ser —respondo, sin saber qué decir.

Decido que, por ahora, lo mejor es guardarme todos esos pensamientos para mí misma. Si algo he aprendido con Harding es que las cosas tienen que ir poco a poco. La presión y él no se llevan demasiado bien.

—¿Y vas a contarme qué es lo que estás pensando?

Yo suelto una risotada.

—¿Quieres saberlo?

Asiente.

—¿De verdad? —repito, sin borrar mi sonrisa.

—De verdad, sí —admite, devolviéndome la sonrisa juguetona.

—Estaba pensando en si harás pasta o arroz... —le digo, juguetona, mientras nuestros dedos se entrelazan.

Deslizo mis piernas por encima de su regazo y me recuesto brevemente en el sofá.

—¿Pasta o arroz?

Sonrío.

—¿Acaso sabes cocinar algo más? —bromeo, medio en broma, medio de verdad.

Si algo he aprendido viendo los envases del apartamento de Harding es eso. Cocinar no es su fuerte.

Él suelta una risotada.

—¡Touché! —exclama—. Me has pillado. Tendré que dejarte a los mandos de la cocina, entonces...

Siento cómo mi rostro se va ruborizando ante el mero hecho de tener que ponerme frente a los fogones.

—¿Huevos revueltos y bacón te parece bien?

—¿Para comer o para desayunar? —se ríe ante mi propuesta, justo antes de agacharse sobre mí para besarme en los labios.

Me encanta esto.

Poder despertarme a su lado, no tener prisa por marcharme cuando se hace tarde, pensar en cómo vamos a pasar el día juntos... Y lo mejor de todo, no sentir temor porque alguien pueda vernos.

Aún recuerdo el miedo que pasaba cuando, por las noches, salía del apartamento de Harding y temía que alguien pudiera verme y atar cabos. Poco a poco esa sensación de pavor se fue disipando, pero aún así siempre nos andamos con cuidado y nunca nos vemos fuera de su piso.

—¿Y qué te parece si pasamos de la cocina y nos vamos a comer fuera? —me dice, guiñándome el ojo.

La verdad es que suena genial, pero Harding ya ha pagado suficiente y no me apetece que mi deuda pendiente comience a ascender demasiado. ¿Cómo diablos voy a hacerme cargo de lo que le debo si no tengo trabajo? No puedo permitírmelo.

—Bridie... invito yo —añade al ver mi rostro descompuesto—. Sé de sobra que estás estudiando, así que imagino que estarás preocupada por el dinero.

Contengo el aire unos instantes.

Lo fácil sería decir que sí y dejar que él pagase todo, pero no... Me niego.

—¿Bridie?

—No, tranquilo. No hace falta —me apresuro a responder—. Vamos a comer si te apetece.

Intento dibujar una sonrisa serena, pero le cuesta aparecer más de lo pensando.

No sé cómo, pero le devolveré hasta el último céntimo. Es necesario si pretendo que Harding me siga viendo como su igual. Recuerdo brevemente que la última vez que vino mi madre a verme tomamos algo en una cafetería que tenía un cartel en el que se buscaba un nuevo camarero o camarera. Puede que sea tarde y que ya lo hayan encontrado, pero en cuanto regresemos al campus probaré suerte.

Decidimos desperezarnos y levantarnos del sofá para que no se nos haga mucho más tarde. Doy gracias al universo y a mi madre por haber hecho de mí una chica precavida al ver mi maleta de viaje. Como no tenía ni idea de a dónde veníamos, metí un poco de todo: ropa formal e informal, de playa y de ciudad. Sí, de todo menos un maldito bikini... ¿Cómo no pensé en ello?

Me pongo un pantalón negro y una blusa blanca. Sencilla, formal e informal al mismo tiempo. Además, ni siquiera sé a dónde vamos. Compartir lavabo con Harding mientras nos arreglamos se me hace extraño. Yo me maquillo mientras él se echa gomina en el pelo. Y, una vez más, vuelvo a tener esa sensación de que esto es como poder observar el futuro a través de una mirilla. Despertarme con él todos los días, prepararnos para ir al trabajo, juntarnos al mediodía para comer un pequeño tentempié y explicarnos qué tal nos ha ido la mañana... Respiro hondo y sacudo mi cabeza, eliminando todos esos pensamientos. Sé de sobra que no necesito demasiado para empezar a fantasear con ello.

Diez minutos después, estamos listos para salir.

Harding va guapísimo; vestido con una camisa azul que conjunta perfectamente con su mirada y unos vaqueros oscuros. Cogemos un paraguas grande y salimos al exterior. Continúa diluviando. Y, la verdad, jamás creí que fuera a sentir estas ganas de que continúe lloviendo

eternamente. Harding rodea mi espalda con su brazo, estrechándome contra su cuerpo para que los dos quepamos bajo la protección del paraguas. Yo, que de tonta no tengo un pelo, aprovecho y me aprieto aún más contra él fingiendo que me cae alguna gota. Se ríe, me río... Y seguimos caminando de este modo; bien agarraditos.

Es la primera vez que Harding y yo nos dejamos ver de esta forma caminando por la calle y... ¡Dios! ¡Qué bien sienta!

El domingo, cuando hagamos de nuevo las maletas para regresar a la realidad, entraré en una profunda depresión, sin duda. ¡Quiero quedarme a vivir aquí con él eternamente! Trabajar de cualquier cosa, ganar el dinero suficiente para sobrevivir y dedicar mi tiempo, única y exclusivamente, a hacer el amor con Harding frente al enorme ventanal del salón.

Llegamos al restaurante.

Es un pequeño local mexicano decorado con sombreros de mariachis y las banderas de las regiones del país. Las paredes están pintadas de cientos de colores diferentes, a rayas, y las mesas son pequeñas, íntimas y acogedoras.

Nos sentamos en una que está al fondo, la más alejada de la entrada. Sin mirar demasiado la carta, nos decidimos por unos tacos mexicanos y unos nachos completos. Además, descubrimos que los dos adoramos la comida mexicana.

—¿Estás desconectando de la universidad? —inquire con voz seria.

Intuyo que esta conversación no será de mi agrado.

—Sí, claro... Esto es genial —admito con sinceridad—. ¿Y tú?

En realidad, no tengo la necesidad de preguntarlo para saber la respuesta. A estas alturas ya le conozco lo suficiente como para saber que sí, está desconectando. Y mucho, además. ¿Dónde está el Harding serio y malhumorado que me cruzo cada mañana por los pasillos del campus? Ha sido salir de allí y desaparecer...

—Sí, claro —repito, antes de cepillarse el cabello hacia atrás—. ¿Sabes? Empiezo a preocuparme un poco por tu rendimiento académico, Bridie... Sé que no debería inmiscuirme en este asunto, pero la ver...

—No, no deberías —le corto, porque no me apetece que la conversación continúe por ahí—, no es asunto tuyo, Harding.

Él suspira hondo, indeciso.

Sé que no se rendirá tan fácilmente.

—No quiero que lo nuestro te afecte, ¿entiendes?

—No tiene nada que ver —respondo de malhumor.

Ya estoy lo suficientemente agobiada con ese asunto como para comenzar a darle más vueltas de las normales ahora. ¿Tan difícil es dejarlo estar y continuar disfrutando de la escapada?

—Déjalo estar, ¿vale? Sacaré las asignaturas como sea —añado, procurando dejarle tranquilo—, pero lo último que me apetece ahora mismo es pensar en los estudios.

—Solamente quiero que te vaya bien...

Me mira fijamente y puedo ver la sinceridad en su rostro.

—Lo sé...

Le conozco bien.

Las semanas van pasando y el vínculo entre nosotros cada vez es más estrecho. Harding es una persona cerrada, de esas que no muestran su verdadero carácter fácilmente. Pero, aun esforzándose por ser reservado, hace tiempo que le calé hondo. Tiene un corazón enorme. Uno de esos que merece la pena amar.

Dejamos el tema de lado y nos centramos en la comida. Al final, me alegro de que me haya convencido para salir a comer fuera. Compartimos los nachos y los tacos y nos bebemos un par de cervezas con tequila. Aún no hemos llegado al postre cuando ya empiezo a sentir los efectos del alcohol aflorando en mí. Charlamos sobre todo, y sobre nada. Hablamos del mar, de la infinidad del universo, de lo complicada que es la vida capitalista de este país, del negocio que tienen montado las universidad con los préstamos, del próximo viaje que nos gustaría hacer y, sin darnos cuenta, nos encontramos planeando un futuro juntos.

—Una casa con jardín —le digo, soñadora—. Con un enorme jardín grande.

—Ni loco... —se ríe Harding antes de darle un trago a la cerveza—. Un dúplex en la ciudad. Tener todo cerca sin necesidad de coger el coche.

—¿Y tener que ir todos los días en el transporte público? ¡Ni de broma!
Nos echamos reír.

Supongo que, por él, sería capaz de vivir en cualquier parte del mundo. Pero eso, por ahora, me lo guardo para mí misma.

—¿Te apetece caminar por el paseo de la playa?

Echo un vistazo ligero al exterior.

Desde aquí prácticamente no se ve el exterior excepto por una pequeña

ventana que hay sobre Harding. Compruebo que sigue diluviando.

—Sigue lloviendo —señalo, torciendo una mueca de fastidio.

—¿Y? ¿Acaso importa?

—¿Quieres que coja un resfriado? —me río absurdamente.

Aunque, si lo pienso de forma detenida, caminar por la playa un día de lluvia me parece un plan muy romántico.

—Cuando se te moja el pelo estás tan guapa... —ronronea en mi oreja de forma juguetona.

Suelto una carcajada descomunal, captando la atención de varias personas cercanas. Termino de reírme más bajito y, susurrando, le digo que sería mucho mejor “meternos juntos a la ducha”.

—Paseo bajo la lluvia y ducha calentita para recomponernos —concluye, guiñándome un ojo—. Creo que es el plan perfecto.

No me queda más remedio que asentir.

—Si me lo vendes tan bien tendré que aceptar, ¿no?

Nos miramos de forma cómplice, sin siquiera pestañear. Me acerco lentamente a él dispuesta a besarle. Estoy nerviosa porque es la primera vez que me atrevo a dar un paso así en la calle, en mitad de un restaurante. Es como si, de pronto, nos hubiéramos transformado en una pareja normal y corriente. Disfrutando sin temores y sin miedos al qué dirán. Harding también se acerca lentamente hacia mí...

—¡Wayne! —exclama alguien, haciéndome saltar en la silla y rompiendo el momento en mil pedazos.

El rostro de Harding se descompone al instante mientras se esfuerza por encontrar el provenir de su nombre. Un par de chicos de la barra le saludan de forma entusiasta antes de acercarse a nosotros.

—¿Qué pasa, colega? —saluda uno, propinándole un golpe en el hombro.

Yo me dedico a sonreír en silencio mientras contemplo la reacción de Harding. Sé que ahora mismo lo único que se le pasa por la mente es “tierra, trágame”.

—¿Qué tal, Tommy? —consigue decir Harding, tragándose el nudo de la garganta—. ¿Cómo estáis, chavales?

Yo tanteo la mirada entre los presentes.

Calculo que, aproximadamente, tendrán la misma edad que él.

—Aquí estamos, aprovechando el puente —explica—. ¿No nos vas a presentar a tu amiga?

Todas las miradas se posan en mí.

Siento cómo el calor asciende hasta mis mejillas y, avergonzada, me limito a sonreír sin decir nada. Creo que lo mejor es que sea Harding quien se encargue de las presentaciones... ¿Qué dirá de mí? Está claro que aquí no tiene por qué ocultar nada, pero casi con seguridad apuesto a que se limitará a presentarme como una simple amiga. Que este fin de semana haya significado un avance en nuestra relación no significa que sea capaz de admitir lo que hay entre nosotros a un tercero.

—Bridie, estos son mis amigos del pueblo. Veraneábamos juntos de niños —me dice.

Todos los presentes saludan de forma amable. El camarero grita de fondo que “el pedido para llevar ya está preparado”, pero ninguno de ellos hace amago de marcharse.

—Y ella es Bridie —me presenta Harding, con un gesto confuso y descolocado—. Mi prima. Ha venido a pasar el puente a la costa.

Me quedo blanca al escucharle decir eso.

Siento cómo poco a poco voy perdiendo el color y necesito agarrarme a la mesa para no tambalearme. Uno de sus amigos bromea diciéndole que “a ver por qué no había contado hasta ahora que tenía un prima tan guapa” mientras yo me esfuerzo por mantener el tipo y sonreír. Pero no puedo. Estoy segura de que incluso ellos, que no me conocen de nada, son capaces de percibir lo mal que me siento.

—¿Y cuánto os quedáis? ¿Hasta el lunes?

Harding comienza una conversación con ellos mientras yo me esfuerzo por continuar aquí sentada sin venirme abajo. Siento el pulso acelerado y la respiración agitada, así que ni siquiera me molesto en procurar seguir el hilo de la conversación. ¿Por qué diablos me ha presentado como “su prima”? No necesito que diga que tenemos una relación, no. Ni siquiera necesito o quiero que le dé detalles de nuestra vida privada a nadie. Pero, ¿tan difícil es decir que soy una amiga y ya está? ¿Tan complicado es para él? ¿Tan avergonzado se siente de mí?

Puede que nos llevemos unos cuantos años, pero no soy ninguna niña.

Me levanto de la silla con una sonrisa falsa en el rostro. Todos se giran hacia mí.

—Creo que yo voy a ir marchando.

—¡Pero si no habéis terminado! —exclama uno, señalando mi postre.

No le he dado ni un solo mordisco.

Nos lo acababan de sacar a la mesa cuando los amigos de Harding han aparecido.

—La verdad es que no sé por qué lo he pedido. Estoy llena...

Miro a Wayne de reojo. Sé que no quiere que me marche, pero me dan exactamente igual sus deseos.

Ni siquiera me despido.

Echo a caminar hacia la salida con el corazón en un puño, pero manteniendo un ritmo normal hasta que cruzo el umbral y pierdo de vista a Harding y sus amigos. Después, corro. Solamente un par de metros, lo suficiente para alejarme de ellos lo máximo posible antes de echarme a llorar.

Siento las lágrimas deslizándose por mi rostro. Soy consciente de que Harding y yo jamás tendremos un futuro, porque siempre me verá como una simple alumna más. Una cría de la que avergonzarse.

¿Cuál se supone que es la edad límite en la que una chica pasa a verse como una mujer? Necesito que alguien me lo explique.

No tengo llaves del apartamento y tampoco dinero para coger un taxi y volver a casa, así que me dirijo a la playa sin un rumbo fijo. Necesito estar a solas y despejar mi mente antes de volver al apartamento y enfrentarme a él.

Sé de sobra lo que me dirá; que mi comportamiento ha estado fuera de lugar, que soy demasiado infantil y, seguramente, añadirá esa tontería de que no nos debemos explicaciones.

Comienza a llover de nuevo, pero esta vez lo agradezco.

Había amainado ligeramente durante unos minutos, pero la tormenta vuelve a descargarse con fuerza sobre mi cabeza. Pienso en el plan que habíamos planeado para esta tarde: pasear bajo la lluvia por la playa y después ducharnos juntos. Un plan romántico y perfecto que se ha ido al traste por culpa de su estupidez.

Camino durante un rato hasta que el frío comienza a calarme en los huesos. Sé que en algún momento tendré que regresar y enfrentarme a él. Y que ese momento, por mucho que me pese, va llegando.

Intento ordenar mis pensamientos y decidir cómo voy a actuar antes de dirigirme hacia allí.

¿Debería marcharme y poner fin a esto? Es lo último que quiero, pero empiezo a pensar que seguir quedando y compartiendo momentos con

Harding solamente contribuirá a enamorarme más de él. Y, por consiguiente, a terminar sufriendo todavía más.

Hace poco leí una frase que decía que “el amor nunca duele”. No sé si será verdad o no, y tampoco sé si lo que siento por Harding se podría denominar “amor de verdad, del bueno”; pero lo que sí sé es que esto que siento duele. Duele mucho. Cada desprecio por su parte es como una profunda puñalada que atraviesa mi pecho, desgarrándolo. Y, si he de ser sincera conmigo misma, ni siquiera sé cuántas puñaladas de ese estilo me siento capaz de soportar.

Toco el timbre. Él me abre sin preguntar “quién es”. Dejando un reguero de agua tras de mí, comienzo a subir escalón a escalón. Siento que cada paso que doy hacia arriba me supone un sobresfuerzo indescriptible.

—Te he estado llamando —me dice Harding nada más verme.

Sacudo la cabeza.

—No tenía el móvil conmigo.

Nos quedamos mirándonos fijamente, retándonos con la mirada. “Ahora llega la parte de ponerte seria, Bridie”, me dice la vocecita de mi cabeza. “La parte en la que te plantas, le dices que te marchas y sales sin mirar atrás”.

Sé que eso sería lo que se merece, pero soy incapaz. Le miro y sus ojos azules desprenden algo que me hipnotiza. Que no me deja marchar.

—Creo que deberíamos hablar —me dice, sentándose en el sofá.

Parece derrotado, así que mi cabecita supone que, quizás, con un poco de suerte, Harding Wayne se haya dado cuenta de su error.

—Me quedo de pie —le digo.

Primero, porque estoy tan enfadada que lo último que me apetece es sentarme a su lado. Y segundo porque, estando tan mojada, calaría el sofá por completo.

—Siento que te haya sentado mal lo del restaurante —murmura, ignorándome—. Mi intención no era ofenderte y no pretendía que te sintieras mal.

—Pues lo has conseguido...

Pongo los brazos en jarras frente a él y tuerzo el gesto en una mueca de disgusto.

—No lo pretendía —repite, muy serio.

Sonrío internamente.

La verdad es que parece arrepentido y disgustado. Me quedo en silencio, sin saber qué decir. ¿Debería perdonarle de buenas a primeras? ¿Así? ¿Tan fácil?

—Está... —comienzo, a punto de decirle que acepto sus disculpas.

—Pero la realidad es la que es —me interrumpe, sin dejarme hablar—. Soy tu profesor y tú eres mi alumna, lo que podría acarrear graves problemas.

—¡Aquí no nos conoce nadie!

—Pero la gente no es tonta y la diferencia de edad es patente —me dice, muy serio—. ¿Crees que no se han fijado en tu forma de marcharte? ¿Qué no están cotilleando sobre nosotros ahora mismo?

—¡No me importa lo que piensen de nosotros, Harding! —exclamo, hecha una furia—. ¿Es que no lo entiendes? ¡A ellos no les debes explicaciones!

Se pasa la mano por el cabello, procurando relajarse.

Le conozco tan bien... Cada uno de sus gestos, de sus muecas, de sus caras. Sé perfectamente cómo se siente sin necesidad de que lo exprese en voz alta. Y ahora está mal. Muy mal. Me gustaría poder relajarme, darle la razón y zanjar este asunto para seguir disfrutando de las vacaciones... Pero no es tan fácil. Sé que ceder significa perder una batalla más. Y, aunque he estado a punto de hacerlo, pienso resistirme un poco más. Tiene que entender y ver las diferencias.

—No puedes comportarte igual que en el campus... Tienes que ser consciente de que aquí no eres un docente. Simplemente eres Harding Wayne.

—Exacto... Soy Harding Wayne —repite—, y todos esos chicos que me conocen desde que era un crío se piensan que me estoy llevando a una alumna a la cama.

“Es que eso es precisamente lo que estás haciendo”, pienso. Pero en lugar de decirlo en voz alta, me quedo callada intentando averiguar a dónde pretende ir a parar.

—No podemos seguir así, Bridie —me dice, prácticamente en un susurro—. Esto se nos está yendo de las manos.

Siento como, de pronto, mi corazón se acelera a un ritmo vertiginoso. ¿Me está... dejando? ¿Está rompiendo conmigo? De forma instantánea,

siento un nudo formándose en la boca de mi estómago y tengo ganas de vomitar.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con un hilillo de voz.

Tengo el pecho oprimido y ganas de llorar, pero me esfuerzo por mantener la compostura. Harding, que tiene la cabeza gacha, ni siquiera se molesta en mirarme.

—¿Qué quieres decir con eso, Harding? —repito, obligándole a hablar.

Suspira hondo.

No necesito que diga nada más para comprender que lo nuestro, lo que tenemos entre nosotros, acaba de tocar fondo. Me quedo mirándole muy fijamente, esperando a que encuentre la valentía y hable.

—No tiene sentido seguir con esto, Bridie... Estamos en el mismo barco remando en direcciones diferente.

No le aguanto cuando empieza a ponerse filosófico.

—¿Qué diablos quieres decir? —pregunto, esta vez casi gritando.

Estoy tan alterada y tan tensa que no sé cómo consigo seguir aquí, de pie. Me tiemblan las piernas y tengo la sensación de que en cualquier momento me iré al suelo.

—Creo que deberíamos terminar con esto... —murmura con la cabeza gacha.

Aprieto los puños con fuerza, conteniendo la rabia que siento en mi interior.

—Vale... —respondo, incapaz de pronunciar una sola palabra más.

Si lo hago, terminaré derrumbándome delante de él.

Me dirijo a nuestra habitación hecha una furia. Rabiosa, ansiosa y, sobre todo, angustiada. Saco la bolsa de viaje y, sin pensármelo dos veces, empiezo a introducir en ella mis pertenencias. No tengo dinero para volver a casa por mis propios medios, pero tengo claro que no pienso quedarme aquí ni un segundo más.

Cuando tengo todo listo, regreso a la sala. Harding ni siquiera se ha movido del sofá.

—¿A dónde vas? —pregunta al verme con la bolsa de viaje y la chaqueta puesta.

—Me marcho —le digo con voz ronca, conteniéndome—. No pienso quedarme aquí, contigo.

—Bridie..., por favor, sé adulta. No tienes tarjeta de crédito, ni dinero, ni medios para volver —replica—. Dame unos minutos que recoja mis cosas y nos marchamos.

—No pienso subirme en el mismo coche que tú, Harding —le digo con seguridad.

Lo tengo muy claro.

—Sé adulta y deja de comportarte de este modo —repite, crispando lo que quedaba de mi paciencia.

¿Sé adulta? ¿De verdad? ¿Acaso no se le ocurre otra cosa mejor que decir?

Sonrío con ironía, decidida a soltarle cuatro cosas muy bien dichas. Pero, al final, en lugar de hacerlo, decido salir por la puerta sin mirar atrás. Estoy cansada de esconderme, de que me haga sentir como una niña tontita, de que se avergüence cuando nos crucemos a alguien por la calle...

Echo a caminar calle abajo con el nudo de mi estómago apretando con más y más fuerza. Me duele la cabeza, me palpitan las sienes y tengo ganas de vomitar.

Mi teléfono móvil comienza a vibrarme en el bolsillo. No soy realmente consciente de lo nerviosa que estoy hasta que no voy a cogerlo. Me tiemblan tanto las manos, que el maldito aparato se escurre sin remedio entre mis dedos.

No es Harding, es mi madre. Decido ignorarla. Demasiado complicadas están las cosas ahora mismo como para que Lizzy las empeore todavía más. Sé que mi madre me quiere, que siempre ha luchado por mí y que procura ser comprensiva... Pero también sé que si las cosas se tuercen un poco de sus esquemas puede volverse loca. Que yo haya dejado a Derek, que no esté sacando las notas que ella quería... Ninguna de esas cosas entraba en sus planes.

Camino bajo la lluvia hasta la entrada de la autopista. Harding tenía razón; no tengo dinero para volver a casa, así que tendré que hacer autostop hasta encontrar algún alma caritativa que me acerque hasta el campus.

Si me lo hubieran contado hace unas semanas, habría jurado que sería imposible verme de esta forma. Calada de pies a cabeza, psicológicamente derrotada por un hombre que me acaba de dar calabazas y en la entrada de una autopista con el dedo levantado, rezando porque alguien se apiade de mí.

Un coche se detiene a pocos metros de distancia y enciende las luces de emergencia, esperándome. Camino hacia él de forma temblorosa, rezando internamente porque no se trate de un maníaco o de un asesino en serie. Una chica joven, de unos veintipocos años de edad, me saluda a través de la ventanilla. Suspiro aliviada mientras le explico que he perdido la cartera y que no tengo forma de regresar a la universidad. Ella, que va a un pueblo cercano, acepta llevarme hasta su destino. Después tendré que coger un autobús para llegar al campus, pero no serán más que un par de dólares.

Dejo mi bolsa en el asiento trasero del conductor y ocupo el lugar del copiloto.

—Siento estar... mojada.

Ella se encoge de hombros.

—No pasa nada, tranquila. La verdad es que el puente se ha torcido bastante.

“Y qué lo digas”, pienso, aunque decido guardar silencio.

Ella se presenta; se llama Sarah, es dependienta en una tienda de ropa y está regresando a casa después de una visita exprés a sus padres. Yo ni siquiera sé qué decir. Tengo ganas de hundirme en el asiento y llorar hasta quedarme vacía.

—Te has peleado con tu novio, ¿verdad? —pregunta, mirándome de reojo mientras conduce.

Me encojo de hombros.

—Algo así —admito al final—. Aunque no sé si “novio” es la palabra correcta...

Sarah respira hondo antes de darme una palmadita en el hombro.

—Poco te puedo aconsejar porque, si te soy sincera, soy incapaz de no salir llorando de una sola discusión que tenga con el mío. Pero... No merece la pena. De verdad. Aunque ahora parezca que todo está fatal, terminará saliendo la luz. Ya lo verás.

Le agradezco los ánimos con una sonrisa sincera justo antes de quedarme dormida de forma involuntaria. Un rato más tarde, mi camino y el de Sarah se separan. Me explica cómo llegar a la central de autobuses y me desea suerte.

Cuando saco mi móvil veo que tengo más de veinte llamadas perdidas. Muchas son de mi madre, aunque hay alguna que otra de Harding. ¿Estará preocupado por mí? ¿Se sentirá mal? ¿Estará arrepentido?

Ni siquiera tiene sentido pensar en ello, porque ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Decido llamar a mi madre. No es lo que más me apetece en estos momentos, pero me ha llamado tantísimas veces que empiezo a estar ligeramente preocupada.

Lizzy responde al primer tono de llamada.

—¿Bridie?

—Hola, mamá. ¿Qué pasa? —inquiero, procurando ocultar la congoja que siento en mi tono de voz.

—¿Dónde estás? —pregunta con un tono de voz disgustado.

Respiro hondo, armándome de paciencia.

—Estoy en mi habitación, mamá, estudiando... Había silenciado el teléfono para no distraerme —miento, sin encontrar una excusa mejor.

Mi madre se queda en silencio varios segundos que se me antojan eternos.

—¿Mamá?

—¿En qué momento te has vuelto tan mentirosa, Bridie?

Trago saliva mientras siento sus palabras como una fuerte bofetada.

—Sé que no estás en el campus y sé que estás suspendiendo todos los exámenes. Así que déjate de tonterías y sé clara, por favor —escupe, conteniendo la rabia.

Sé que, ahora mismo, se siente demasiado disgustada como para poder hablar conmigo.

—Mamá... lo siento —murmuro—. Te aseguro que las cosas van a cambiar...

Ni siquiera me salen las palabras.

—Desde luego que las cosas van a cambiar —me dice con la voz llorosa desde el otro lado del altavoz—. Se acabó. Tienes pagadas las asignaturas de este año y la residencia de este mes... Pero ya no hay más dinero por mi parte.

Me quedo blanca, intentando comprender qué es lo que me está diciendo.

—¿Mamá?

—El mes que viene tendrás que buscar un sitio donde dormir o la forma de pagar por ti misma la residencia en el campus... Y el año que viene... Tú sabrás, Bridie. Tú sabrás.

Me detengo de lleno en mitad de la acera.

—Mamá...

—No sé qué es lo que he hecho mal, pero creía haberte enseñado lo que costaba ganarse las cosas —susurra con la voz herida—. Pero se ve que no... A partir de ahora tendrás que darte cuenta por ti misma y madurar.

—Mamá... —repito, con la voz gangosa.

No puede ser.

—No me hagas esto, mamá... por favor —suplico.

He perdido a Derek, he perdido a mi madre y... Harding me ha dejado. Ahora mismo, no me queda nada. Absolutamente nada. Mi futuro es una maldita incógnita y ni siquiera sé dónde dormiré dentro de quince días.

—Lo siento, Bridie —me dice. Puedo escuchar su llanto por mucho que intente disimularlo—. No sabes cuánto.

Y sin decir nada más, cuelga.

Consigo darme la vuelta hacia la cuneta justo a tiempo para vomitar en la carretera. Vacío mi estómago por completo, dejando el asfalto repleto de salpicones de comida mexicana. De cuclillas, en mitad de un pueblo desconocido, sin dinero y con el estómago vacío, me pregunto a mí misma cómo diablos voy a solucionar mi vida.

Me paso lo que resta de fin de semana llorando desconsoladamente. No importa cuántas tarrinas de helado engulla ni cuántas veces vea la nueva película de Bridget Jones; nada consigue levantarme el ánimo.

Lo peor de todo es que no le encuentro ninguna lógica a nada. Ahora mismo me siento como una fracasada, ni más, ni menos. He perdido a mi madre, a Derek, a Harding y, seguramente, no conseguiré terminar la universidad.

He tirado por la borda un trimestre entero y ni siquiera soy consciente de cuánto dinero se ha gastado mi madre pagando la matrícula de dichas asignaturas. Soy un desastre. No, en realidad, soy peor que eso. Mucho peor.

Y lo más increíble es que mentiría si dijera que ahora mismo lloro por esas razones; por mi carrera, por mi madre, por Derek... No, nada de eso. Harding es el causante íntegro del nudo que me aprieta con fuerza en la boca del estómago. Es el responsable de que en las últimas veinticuatro horas haya ingerido más chocolate que en toda mi vida junta y, además, es responsable de que ahora mismo no le encuentre sentido a nada.

Me intento consolar diciéndome a mí misma que la ruptura es lo mejor que me podía haber pasado. Ahora podré centrarme en los estudios, en las clases, en salir con Cameron, pasarlo bien... Podré retomar mi vida en el mismo punto que la dejé cuando Harding Wayne apareció en ella. Pero en realidad, sé que no seré capaz. El dolor que siento por haberle perdido es demasiado intenso y antes de poder volver a ser la Bridie que era antes de conocerle, tendré que olvidarle. O, al menos, difuminar los sentimientos que tengo hacia él.

Rebaño los restos de la tarrina de helado mientras veo una basura de película romántica en la pantalla de mi portátil. Ni siquiera sé para que veo estas cosas; sé cómo empiezan y sé cómo terminan. Y ninguna suele tener mucho que ver con la realidad.

—Necesito más helado —me digo, tapándome hasta arriba con las sábanas.

Me duelen los ojos de llorar y el estómago de comer chocolate. Pero, por alguna razón incomprensible, no puedo parar de hacer ni una cosa, ni la otra. Supongo que es mi forma de sanar el dolor, ¿no?

Me pongo un chándal.

Por alguna estúpida razón, reviso mi teléfono móvil sin encontrar nada nuevo en él. Ni siquiera sé por qué me molesto en mirarlo; mi madre no me habla, Derek y yo ya no estamos juntos y ni siquiera somos amigos y Harding... Harding solamente me llamó para asegurarse de que conseguía regresar al campus por mis propios medios. Estoy convencida de que estaba preocupadísimo pensando que si me perdía, terminaría en las noticias de la televisión explicando al país que éramos amantes y que había roto conmigo justo antes de mi desaparición. Y entonces sí que perdería su empleo y su maldita carrera profesional.

Lanzo el móvil sobre el colchón y termino de anudarme las zapatillas. Me hago una coleta, y rezando por no cruzarme con nadie, salgo al exterior. En algún momento del día de ayer dejó de llover y ahora brilla el sol, lo que se me antoja insufrible. Puede parecer una estupidez, pero ver a las familias radiantes y felices paseando por los jardines cercanos a la residencia me es insoportable. Mal de mucho, consuelo de tontos, lo sé. Pero ahora mismo daría mi riñón derecho porque toda la población arrastrase una pena tan grande como la mía. Por no sentirme incomprendida y sola.

Estoy a punto de entrar en la tienda de ultramarinos de la esquina cuando, de fondo, veo la cafetería abierta. El cartel continúa puesto, así que no me lo pienso demasiado. Además, teniendo en cuenta mis circunstancias... ¿Acaso me quedan más opciones?

Entro en el local.

Habré estado aquí un millón de veces, pero soy incapaz de recordar al personal que trabaja tras la barra. Una mujer de unos cuarenta y pocos años, muy guapa, limpia las mesas al fondo del local. No sé por qué, pero algo en ella me recuerda a mi madre.

—¿Hola?

Se da la vuelta de inmediato y me dedica una sonrisa amable. De esas que hay que poner para mantener el trabajo incluso aunque estés en el peor de tus días.

—Un momentito y la atiendo —me dice.

El lugar está bastante tranquilo.

La verdad es que el recuerdo que tengo de él no es el mismo que veo. Por lo general, suele estar hasta arriba de gente. La mayoría de las veces de estudiantes de la universidad.

—Venía a preguntar por el cartel —le digo, señalando la cristalera de la entrada—. ¿Aún buscan personal?

La mujer me mira de arriba abajo, repasándome con descaro. Supongo que si va a contratarme, tendrá que asegurarse de que tenga una buena presencia.

Me arrepiento de inmediato de haber bajado en chándal, con una coleta mal hecha y los ojos rojos e hinchados de llorar.

—Por lo general no visto así —me río, procurando ganar puntos—. Ya sabe... Hoy estoy de relax.

¿Hoy estoy de relax? ¿De verdad no se me ocurría ninguna excusa más absurda?

Ella continúa inspeccionándome, sopesando si soy la persona indicada o no.

—Necesito el trabajo —suplico, sintiéndome ridícula por decir algo así.

Está claro que lo necesito, porque si no, no estaría aquí, preguntando por él.

—Está bien. Es tuyo.

—Así, ¿sin más? —inquiero, dudosa.

Ella asiente.

—Necesito a alguien cuanto antes —explica con rapidez—. Y parece que la nueva juventud está demasiado ocupada para trabajar mientras estudia —replica, antes de continuar con la tarea que tenía entre manos.

—Yo no —aseguro con rapidez, dibujando una sonrisa.

—Ya, eso parece.

La mujer, que se presenta como Lauren, deja el trapo a un lado y me mira fijamente.

—El trabajo es de lunes a sábado, de tres a once de la noche —me explica—. Se cierra cuando ya no hay clientes. Si hay que meter horas extra, se meten. Pero nunca echamos a nadie del local.

Asiento con rapidez, procurando quedarme con los horarios y las normas de Lauren.

—Los sábados suele ocurrir, así que si tienes prisa por marcharte de fiesta, no podrás. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

—¿Tienes experiencia trabajando en cafeterías?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No importa. Si puedes aprender una carrera, puedes aprender a preparar un café —deduce—. Empiezas el lunes.

Vuelvo a asentir, dibujando una sonrisa de entusiasmo.

Así de fácil, ¿de verdad?

—No me gusta que la gente llegue tarde y tampoco me gustan los vagos.

—No llegaré tarde —prometo, aunque últimamente la puntualidad no es mi fuerte.

—Eso espero. ¿Tu nombre?

Sonrío.

—Bridie.

—Pues bien, Bridie... Espero que mañana te presentes con otra ropa —me dice, señalándome de arriba abajo—. Y espero que no abandones de buenas a primeras como lo hizo el último que contraté.

—No lo haré, señora.

—Lauren —me corrige—. Eso de señora me hace demasiado mayor...

El entusiasmo por haber encontrado un trabajo de forma tan sencilla y rápida no dura demasiado. En realidad, para cuando salgo de la tienda de ultramarinos cargada con provisiones de tarrinas de helado de chocolate, ya se ha esfumado. El mero hecho de pensar que mañana tendré que sentarme en un pupitre frente a Harding Wayne me remueve las entrañas.

“Consuélate, Bridie”, me dice la vocecita de mi cabeza, “al menos el mes que viene dormirás bajo un techo”.

No sé si estaré en lo cierto o no, pero estoy convencida de que estar triste adelgaza. ¿Cómo es posible que después de las toneladas de helado que he devorado estos últimos días mis vaqueros me queden grandes? Estar triste adelgaza, tiene que ser eso.

Es lunes. Cameron regresó al campus ayer por la noche y, tras cruzar un par de palabras conmigo, comprendió que no estaba de demasiado buen humor para charlas.

Cuando me despierto gracias a la insufrible melodía del despertador soy consciente de que hoy comienzo una nueva jornada laboral. La última clase termina a las tres, lo que quiere decir que, o bien llego tarde a la cafetería, o bien me marcho antes del aula. Después de que Lauren me dejara tan claras sus normas, decido que optaré por la segunda opción.

Me visto normal, sin demasiadas florituras y sin molestarme en maquillarme. No tengo buena cara; mis ojos están enmarcados por unas profundas ojeras amoratadas que me dotan de un aspecto bastante siniestro. Aún así, decido no maquillarme porque la primera hora de la mañana es con Harding. Toca Finanzas, y espero que sea capaz de mirarme a la cara y ser consciente del daño que me ha hecho. Espero que sea capaz de comprender que cada acto que cometemos tiene sus consecuencias.

Cameron sabe que no estoy de humor. O, al menos, lo intuye. Tras ver la papelera repleta de tarrinas de helado y pañuelos de mocos, ha optado por guardar silencio y no molestarse en preguntar. Chica lista. No tengo ganas de dar explicaciones, ni me apetece tener que encontrar una mentira que explique porque mi supuesto chico y yo hemos cortado.

Soy de las primeras en llegar al aula. Me siento en primera fila, armándome de valor. Quiero que me vea bien. Quiero que, al menos por un momento, se arrepienta del daño que ha causado. Mientras el aula se va llenando, pienso en el momento que compartimos en la playa. Ese instante en el que me prometió que yo sería la única. Ese instante en el que sentí que nuestra relación prosperaba hacia una misma dirección. ¿Quién iba a

decirme que, un solo día más tarde, terminaríamos separando nuestros caminos? “Es mejor así”, me repito una y otra vez. El problema es que no me lo creo. O no quiero creérmelo, no lo sé.

El aula se llena por completo. Harding llega bastante más tarde de lo que suele ser habitual en él... Le miro fijamente mientras saca su ordenador portátil y su cuaderno de notas del maletín. Está igual que siempre. O, quizás, incluso más guapo aún.

Aprieto los puños, conteniéndome, mientras él comienza las explicaciones del temario. Ahora mismo, no sé si siento rabia o dolor. Ira o penuria. El cúmulo de emociones es tan intenso que ni siquiera soy capaz de diferenciarlos.

Mantengo la compostura todo lo que soy capaz... Hasta que, en mitad de la clase, nuestras miradas se tropiezan. Siento cómo sus ojos azules me traspasan el alma, dejándome más noqueada de lo que ya me encuentro.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis entrañas. Intento controlarme, pero no soy capaz. Sin siquiera pensármelo dos veces, recojo mis escasas pertenencias y salgo corriendo del aula con los ojos empañados y enrojecidos. Todas las miradas presentes se centran en mí, incluida la de Harding. Pero nadie dice nada. Nadie me detiene.

Corro hasta el lavabo. Nada más cerrar la puerta, exploto y me echo a llorar con fuerza. Estoy psicológicamente agotada y hundida. Lloro hasta que, al final, no puedo ni respirar y decido obligarme a calmarme. “Esto es transitorio”, me dice la voz de mi cabeza. “Pasará, claro que pasará”. El problema es que, como siempre, lo que mi cabeza piensa y lo que mi corazón me dice no coincide.

Cuando por fin soy capaz de controlar mis impulsos, salgo del lavabo y me dirijo directa a secretaría. Como estamos en horario lectivo, está vacía y el encargado no tarda demasiado en atenderme.

—Quería hacer una consulta.

Él levanta las manos en alto, como diciéndome “tú dirás”.

—Verás... Cogí una asignatura con la que no me siento cómoda y me gustaría saber si sería posible un cambio.

Estoy convencida de que me responderá un “no” rotundo, pero en lugar de hacerlo se queda callado, pensativo.

—¿Cambiar una asignatura? ¿Sabes que estamos a unos días de terminar el trimestre?

Asiento con la cabeza.

—Solamente quería saber si existe la posibilidad.

Necesito escapar del aula de Harding Wayne porque sé que seré incapaz de continuar cruzándome con él todos los días y olvidarle. Ambas cosas no son compatibles.

—Bueno... Cosas más raras me han pedido —me responde, guiñándome un ojo.

Sonrío, esperanzada.

—No te puedo asegurar nada, pero puedes probar suerte.

—Me vale con eso —aseguro.

El secretario me entrega un formulario y me pide que rellene la solicitud.

—Tendrás una respuesta en un par de días, ¿vale?

Asiento.

Cuando salgo de secretaría, me siento mucho mejor.

Aún falta bastante para la siguiente hora, así que decido salir del edificio para dar un paseo y airearme. Estoy segura de que el sol sobre mi piel me vendrá muy bien. Además, debo de tener una cara horrible y lo último que quiero es presentarme de este modo en la siguiente clase.

—¿Bridie?

No he recorrido ni diez metros cuando le veo acercándose a mí. Al principio, aunque se me antoja familiar, no le reconozco.

—Hola —saludo, esforzándome internamente por recordar su nombre.

—¿Otra vez te has olvidado de mí? —bromea, dedicándome una sonrisa de oreja a oreja.

Es guapo, muy guapo.

Puede que estuviera borracha, pero he de admitir que tengo buen gusto.

—No, está vez no... —aseguro, devolviéndole la sornisa—. Cliff, ¿verdad?

Chasquea la lengua en señal afirmativa.

—¿No tienes clase?

—No me encontraba bien —me excuso, porque supongo que decir eso es lo más parecido a la verdad—. ¿Y tú? ¿Hora libre?

Cliff se sienta en un banco libre y me invita a hacer lo mismo con la mirada. Me lo pienso unos instantes y decido aceptar la invitación. He de admitir que, ahora mismo, agradezco la compañía.

—En realidad, llego tarde —me explica—. Vivo a unos veinte minutos caminando y... ¿Te soy sincero? Odio caminar.

Me río tontamente.

—¿Y por eso llegas tarde? ¿Por qué odias caminar?

—He perdido el autobús y he decidido esperar el siguiente —me dice.

Reviso mi reloj de muñeca.

—¿Cada cuánto pasan los autobuses por tu zona?

Él suelta carcajada.

—Me has pillado. Como había perdido el primero, he aprovechado para hacer una parada y desayunar.

—¿Y entonces has perdido el segundo?

—Y el tercero —dice, guiñándome un ojo—. Creo que lo suyo sería buscar un piso más cercano, pero en esta zona los precios se disparan.

Me quedo mirándole muy fijamente mientras pienso en que, el mes que viene, tendré que dormir bajo un puente si no encuentro un piso asequible en el que vivir.

—¿Vives solo?

—Con mi compañero de piso —me explica, sacando un paquete de chicles del bolsillo—. ¿Quieres uno?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—Y..., solo por curiosidad... ¿Os sobra alguna habitación?

Cliff tuerce el rostro en una mueca traviesa.

—Dependiendo de quién lo pregunte —responde juguetón, guiñándome el ojo derecho con picardía.

Ayer Lauren me pareció una jefa dura, pero nada más empezar me doy cuenta de que era todo fachada. Descubro que, en efecto, trabajar a su lado será mucho más ameno de lo que imaginaba.

Aunque es lunes, la cafetería está hasta arriba. Poco después de ponerme el delantal el local ha empezado a llenarse hasta no entrar ni un solo alfiler.

Lauren me explica que, entre semana, este es el pan de cada día. Los fines de semana suelen ser más tranquilos, sobre todo los domingos —que, casualidad, es el día semanal que yo libro—. Me explica cómo preparar smoothies y diferentes cafés para que pueda ir sirviendo a los recién llegados mientras ella adecuenta el local y prepara las raciones de pastel de los lunes.

Al final de la tarde, aunque estoy agotada, descubro que trabajar como camarera no está nada mal. Mantenerme ocupada tantas horas es muy efectivo contra el mal de amores.

Nos quedamos una hora más, porque varios estudiantes noctámbulos se entretienen charlando en la terraza hasta bastante tarde. Lauren opina que recoger mientras aún hay clientes en el local es lo mismo que invitarles amablemente a marcharse; de modo que no nos ponemos manos a la obra hasta que se van. Después terminamos de pactar las condiciones del sueldo. Será semanal, excepto las horas extra, que me las pagará al momento.

Acepto de buena gana porque, para mi sorpresa, no está nada mal pagado.

—¡Eh, Bridie! —exclama mientras echamos el cierre—. Para ser el primer día, no ha estado nada mal.

Sonrío como una tonta, feliz.

Creo que es la primera vez que me pasa algo bueno en mucho tiempo.

—Gracias, Lauren.

Y, después de un mutuo “hasta mañana”, me dirijo al campus.

Trabajar me ha venido muy bien para despejar mi mente, sí. Pero la realidad es que nada más quedarme a solas los malditos ojos azules del

guapo profesor de Finanzas acuden a mi mente. Me gustaría tener una bola mágica para retroceder en el tiempo y empezar de cero este curso. Para empezar, no me fijaría en Harding. No sé si lo mío con Derek hubiera soportado la distancia o no, pero sé que sin una distracción tan potente como Harding Wayne de por medio, hubiera conseguido centrarme en los estudios más de lo que lo he hecho hasta ahora.

Cuando entro en la habitación, me encuentro a Cameron sentada en la cama. Me mira de arriba abajo, muy seriamente.

—¿Qué pasa? —inquiero con curiosidad.

Por primera vez en todo el día, estoy de buen humor. Bueno, en realidad, no creo que pueda considerarse buen humor... Simplemente diré que vuelvo a ser una persona aceptable y no un monstruo irritado y desganado. ¿Cuánto tardará Harding en volver a arrancarme la positividad y en instalarse en mi mente?

—¿Cómo que qué pasa? —me dice, muy seria—. Bueno, sé que no somos las mejores amigas ni nada parecido, pero... ¡Joder! ¿De verdad tengo que enterarme de que has pedido un cambio de habitación por el rector Davis?

Respiro hondo, dejándome caer en mi cama.

Al parecer, Lizzy hablaba muy en serio, porque no ha perdido ni un solo segundo.

—No voy a cambiarme de habitación —aclaro.

Cameron dibuja una sonrisa irónica.

—De verdad, no voy a cambiarme de habitación.

—¿Entonces? —inquire, enfadada—. ¿Por qué diablos me ha dicho que mi nueva compañera entrará aquí el día uno del próximo mes? —pregunta con desdén—. Mi “nueva compañera” —repite, indignada.

—Mi madre ha dejado de pagar la residencia —le cuento con rapidez, aunque ahora mismo hablar de mis problemas es lo que menos me apetece. Por primera vez en todo el día, empezaba a olvidarme de ellos—. Así que tendré que buscarme la vida a partir de ahora.

Cameron pestañea varias veces, confusa.

—¿Y ahora, qué?

—Pues... hoy he empezado a trabajar en la cafetería de Hoovys. No está mal pagado y mi jefa parece simpática.

—¿Y dónde piensas vivir, Bridie? ¿Por qué ha hecho eso tu madre?

Nunca hemos hablado demasiado sobre nuestras familias, pero tampoco necesito preguntar para saber que Cameron es una niña de papá y mamá. Derrochadora e irresponsable.

—Se ha enterado de que no he sacado el trimestre. Me quedan pendiente la mayoría de las asignaturas, así que... —respiro hondo, derruida—..., supongo que podría decirse que ha decidido darme “una lección de vida”.

—Pues menuda lección —escupe Cameron—. ¿Acaso no le importa dónde duermas? ¿O que tengas que dejar la universidad? ¿Es que no se preocupa por ti?

Sí, se preocupa por mí.

Y por eso mismo ha decidido que me busque la vida.

No soy tonta. Entiendo perfectamente la decisión que ha tomado mi madre y por qué lo ha hecho, pero intentar explicárselo a Cameron sería absurdo. Jamás lo conseguiría entender.

—No te preocupes —la calmo, quitándome las deportivas—, tengo donde dormir. ¿Recuerdas el chico de la fiesta del otro día?

—¿Quién?

—Se llamaba Cliff...

—¡Ah, sí! El tío con el que te liaste.

Que ese dato sea de dominio público no me hace excesiva gracia, pero tampoco puedo hacer mucho más al respecto.

—Pues vive a unos veinte minutos del campus y me ha ofrecido una habitación barata —le explico—. Es una buena opción, la verdad.

Cameron frunce el ceño y me escruta detenidamente.

—¿De verdad es una buena opción? —repite, contrariada—. No entiendo cómo es posible que tu madre prefiera que vivas con dos tíos antes de pagarte el campus.

Mi madre quiere que espabile. Que empiece a valorar las cosas, que aprenda a buscarme la vida. Pero eso es demasiado complicado de entender.

En realidad, ayer ni siquiera yo misma era capaz de entenderlo. He tardado un poco, aunque al final lo he conseguido.

—Supongo que no volverás a dirigirle la palabra en la vida... —dice Cameron, mientras enciende la minicadena.

—Supongo —respondo, encogiéndome de hombros.

No me apetece tener que darle explicaciones, pero la verdad es que no estoy enfadada con Lizzy. Sé que a veces puede meterse donde nadie la

llama, pero es buena persona. Y una buena madre. Y lo mejor de todo, sé que me quiere y que yo solita me he ganado todo esto.

Los días comienzan a volverse rutinarios, desarrollándose con el mismo patrón. Ir a clase, trabajar, volver al campus, dormir y volver a empezar. Algunos días estoy más triste que otros. Pero, por lo general, lo llevo bien. Siempre y cuando no tenga que cruzarme con Harding en la clase de Finanzas. O siempre y cuando no tropiece accidentalmente con él en mitad del pasillo.

En fin, ¿para qué mentir? No, no lo llevo bien. En realidad, lo llevo fatal. Hay días que ni siquiera encuentro un motivo para sacar fuerzas y salir de la cama.

Y hay otros días, como hoy, que “casualmente” paso frente al aula de profesores una veintena de veces.

—¿Bridie?

Me giro al escuchar mi nombre.

Estaba plantada frente al aula, esperando a que la puerta se abriera y mi guapo profesor de ojos azules saliera de ahí. Solamente necesitaba verle un segundo. Y, la verdad, ni siquiera entiendo esta maldita contradicción. Quiero que me liberen de la asignatura de Finanzas y no tener que cruzar la vista con él jamás. Pero dos minutos más tarde, el pecho me aprieta y siento la necesidad de verle. Aunque sea de lejos. Aunque sea a la distancia.

—¿Rector Davis?

Me dedica una sonrisa extraña. Una de esas que uno no consigue descifrar.

—¿Podrías acercarte a mi despacho? —inquire, aún sin borrar ese gesto perturbador de su rostro.

—¿Ahora? —respondo, extrañada.

Él asiente.

—¿Te viene mal?

Sacudo la cabeza en señal de negación y echo a caminar detrás de él, extrañada. No entiendo nada.

Llegamos a su despacho. El rector Davis me pide que tome asiento y yo obedezco. Después, nos sentamos, mirándonos fijamente, en silencio. Si espera que sea yo la que empiece la conversación, mal va. Ni siquiera entiendo qué hago aquí.

—Bridie, ¿vas a contarme qué sucede con el señor Wayne?

La sangre se me hiela en las venas.

De pronto, no sé si echarme a reír, a llorar o simplemente salir corriendo del despacho. ¿Cómo...? ¿Cómo diablos se ha enterado de lo nuestro? No puede ser. No le encuentro sentido a nada.

—¿Có... Cómo? —pregunto, tartamudeando

—No pasa nada por tener problemas con un profesor —explica el rector, colocándose sus gafas de erudito correctamente—, pero es bueno entender cuáles han sido esos problemas y ver de dónde proceden.

—¿Problemas? —repito, ahora más perdida que nunca.

El hombre rebusca en el archivador que tiene frente a él hasta dar con un papel. Lo desliza ligeramente por el escritorio para que pueda observarlo desde mi perspectiva. Es la solicitud de cambio de asignatura que presenté en secretaría.

—Creo que voy a aceptar el cambio y el traslado a una de las asignaturas que yo imparto, pero antes me gustaría entender tus motivos.

Empiezo a sudar. Estoy nerviosa.

Para ser sincera, no contaba con tener esta conversación y tampoco contaba con tener que improvisar una excusa creíble en tan solo unos segundos.

—La asignatura no es lo que yo esperaba... —murmuro con la voz apagada, sin saber si lo que estoy diciendo tiene mucho sentido o no—. Se me está complicando más de lo que creía y...

Estoy sudando. Noto cómo la blusa se adhiere a mi piel. Intento relajarme, pensar con claridad y no perder los nervios.

—Es que la universidad está costándome más de lo que pensaba —explico con voz tenue, casi en un susurro—, y creo que Finanzas solamente me complicará más la vida.

El rector Davis asiente.

Al parecer, ha quedado muy complacido con mi explicación.

—Ya sabrás que he estado en contacto con tu madre, ¿verdad?

Asiento de inmediato.

—Espero que no te suponga ningún inconveniente —añade, mirándome fijamente.

Niego con la cabeza, guardando silencio.

—Verás, Bridie... Estoy dispuesto a ayudarte y a hacerte la vida “más sencilla” —explica, enfatizando en las últimas dos palabras mientras firma mi solicitud—. El próximo trimestre empezarás en Análisis Matemático.

Suspiro, aliviada, antes de darle profundamente las gracias.

“Análisis Matemático” no suena precisamente bien, pero creo que podré sobrevivir a ellos.

Cuando me marchó del despacho, siento cómo un profundo alivio me recorre de pies a cabeza.

Me siento en un banco del pasillo y reviso mi calendario. Es día veintiocho, lo que significa que no puedo demorarme mucho más en contactar con Cliff. Debería llamarle hoy... Como tarde, mañana. Tardo un par de segundos más en olvidar lo que acaba de suceder en el despacho del rector Davis y después me pongo en marcha. Sé que proponerse las cosas no sirve de nada si no hay un esfuerzo por cumplir dichos objetivos, pero podría decirse que voy por buen camino. He empezado a estudiar una hora diaria. No es demasiado, pero el trabajo no me deja demasiado tiempo y no consigo dar más de mí.

Por otro lado, me he propuesto tomarme más en serio la asistencia a las clases y no faltar a ninguna hora si no es por causa mayor.

Mis objetivos son sencillos; aprobar. No me importa si es con suficientes, eso me da igual. Pero tengo que sacar adelante el curso como sea.

Ayer termine el día tan agotada que no conseguí llamar a Cliff.
De hoy no puede pasar.

Amanezco a las seis de la mañana. Empiezo a notar los estragos de estudiar y trabajar al mismo tiempo. Poco tiempo para pensar, para disfrutar, para desconectar. Hay días que lo agradezco. Pero otros días, como el de hoy, no consigo sacarme a Harding de la cabeza. No hay forma.

Me quedo mirando el sobre blanco que espera sobre la mesilla mientras sopeso cuándo debería dárselo. Sé que es madrugador y sé que sale pronto de casa, así que quizás este sea el mejor momento para dejárselo bajo la puerta. ¿Quizá, cuando anochezca? Con casi total seguridad, Harding estará en casa. Me visto unos vaqueros, unas deportivas y un top monísimo que he heredado de Cameron. Si me viera mi madre se horrorizaría diciendo que es demasiado corto y provocativo. Pero a mí me encanta y soy consciente de que me favorece muchísimo. Si sé que no me voy a cruzar con Harding, ¿por qué me lo pongo?

“Siempre existen opciones de cruzarme con Harding”, me recuerda mi cabeza, “si no es en su casa, es en el campus”.

Cameron aún duerme cuando salgo de la habitación. Ayer no llegó demasiado tarde, pero sí demasiado borracha. Empiezo a sospechar que no está pasando un buen momento con su novio, porque últimamente nunca la veo acompañada.

El campus está vacío. Todavía es demasiado temprano. Por la calle, me cruzo con un par de profesores que, al igual que Harding, llegan a su puesto de trabajo antes de la hora para ir preparando el material de la primera hora. Mi corazón se acelera en algún instante al pensar que cabe la posibilidad de que me pueda cruzar con él. Tengo un sentimiento contradictorio al respecto, porque una parte de mí desea con todas sus fuerzas que nuestros caminos se encuentren y otra parte de mí cree que cruzarme con él solamente serviría para meter el dedo en la llaga.

Llego a su portal en menos de diez minutos. La puerta está cerrada. Me quedo quieta, pensando qué hacer mientras el cielo se va tornando de un naranja rojizo. Comienza a amanecer.

Al final, espero pacientemente hasta que un vecino al que jamás había visto antes sale del portal. Me cuelo en el interior y subo por las escaleras con el corazón a mil por hora mientras, de forma involuntaria, se me van encharcando los ojos. No quiero llorar... Quiero ser fuerte. Quiero olvidarle y pasar página como ha hecho él conmigo. Pero mi cabeza, que suele ser la que le pone las cosas a raya a mi corazón, hoy está más débil que nunca. Mientras asciendo hacia arriba, escalón a escalón, pienso en la última vez que subí por aquí. Pienso en nuestro último encuentro furtivo en su apartamento, en cómo hicimos el amor y en las caricias de después. En la complicidad que teníamos. Porque no, no era solo sexo. Es imposible que sintiéramos cosas tan diferentes.

Llego hasta su puerta. Me quedo mirándola fijamente con el maldito nudo del estómago apretando más y más. Cierro los ojos un instante y me imagino que él está al otro lado, esperándome. Imagino que todo lo que sucedió en su apartamento de la playa no es más que una maldita pesadilla de la que despertaré tarde o temprano.

Una puerta que se cierra de un portazo en algún lugar del edificio me devuelve a la realidad. Abro los ojos. Miro de forma superficial el sobre que tengo en mi mano y después la puerta. No sé, con precisión, cuánto dinero le debo. Pero he decidido tirar por lo alto para saldar con creces mi deuda y que nadie pueda recriminarme nada.

Lo deslizo por debajo de la puerta, pero en vez de marcharme sin más, espero un par de segundos. No sé realmente para qué, pero lo hago. Intuyo una sombra débil debajo del umbral y, apresurada, miro mi reloj de muñeca. Es tarde. Harding no está en casa a estas horas, porque siempre se marcha muy pronto, así ha que han debido de ser imaginaciones mías.

Me estoy convenciendo de ello cuando, de pronto, la puerta se abre y Wayne aparece tras ella. Nos miramos, los dos en shock, sin saber qué decir. Supongo que ni yo esperaba encontrarle en casa, ni él esperaba encontrarme aquí.

—¿Bridie...? —susurra en voz baja, escrutándome de hito a hito con disimulo.

Yo hago lo mismo.

Le repaso fugazmente antes de quedarme hipnotizada en sus ojos. Siento cómo mi respiración comienza a agitarse ligeramente así que hago un sobreesfuerzo por aspirar y suspirar lentamente, calmándome.

—¿Qué haces aquí?

Señalo el sobre que he dejado en el suelo sin decir una sola palabra. Temo que, al hablar, la caja de pandora pueda abrirse y termine echándome a llorar.

—¿Qué es esto? —murmura, extrañado, mientras lo recoge.

Lo abre y observa su contenido.

—Joder, Bridie... No tenías que...

—Quería hacerlo —le interrumpo con seriedad, manteniendo la compostura—. No quiero deberte nada.

—No me debías nada —replica, alargando el sobre y tendiéndomelo de vuelta.

Sacudo la cabeza de izquierda a derecha.

—Es tu dinero, Harding.

Escucharme decir su nombre en voz alta me resulta extraño. Continúo conteniendo mis impulsos, esforzándome por ser fuerte y no venirme abajo. Esforzándome para que el maduro y adulto de Harding Wayne no me vea llorar como una niña pequeña.

—Siento lo que paso —me dice, sin quitarme los ojos de encima.

—Yo también —admito.

Intento descifrar si lo ha dicho por simple cortesía.

—¿Quieres... pasar? —inquire, dubitativo.

Esto último no necesito descifrarlo.

—No. Creo que no —le digo, muy segura de mí misma. Sé que lo último que quiere es tener más problemas conmigo—. Lo mejor será que me marche.

Me doy la vuelta sin añadir nada más.

El nudo del estómago aprieta con tanta fuerza que siento cómo el tronco de mi cuerpo se va adormeciendo de la misma forma que uno deja de sentir su pie cuando lleva mucho tiempo con las piernas cruzadas.

—¡Bridie! —exclama Harding.

Me detengo en el primero escalón, pero no me molesto en darme la vuelta.

—Has dejado mis clases... —señala.

—Creo que es lo mejor —respondo, ahora sí, girándome.

Parece herido, aunque ni siquiera soy capaz de comprender por qué.
¿Qué más le da? ¿Acaso no prefiere perderme de vista cuanto antes?

—Sí, bueno... supongo —admite con la cabeza gacha.

¿Supongo? ¿De verdad? ¿Eso es todo lo que tiene para decir?

—Solamente tendrás que aguantar unos pocos meses más... y después me perderás de vista para siempre.

—Bridie...

Trago saliva y me doy media vuelta, dejándole con la palabra en la boca.

Sé muy bien cuáles son los deseos de Wayne. Y yo no formo parte de la lista.

Cliff está sentado en la mesa del fondo.

Aún falta bastante para mi hora de salida, así que cuando lo encuentro allí, me sorprendo. Me recoloco el delantal que Lauren ha diseñado para mí y me dirijo hasta su mesa con la libreta en la mano, fingiendo que únicamente voy a atender a otro cliente más.

—¿No habíamos quedado esta noche?

Él me dedica una sonrisa radiante antes de señalar su libreta de apuntes.

—Mañana tengo examen y nuestro compañero de piso está a tope con el metal —se ríe—, así que he pensado que sería mejor estudiar aquí que encerrarme en mi habitación con tapones en los oídos.

Sonrío y asiento.

—Sí, creo que será mejor... —admito, encogiéndome de hombros mientras rezo porque ese compañero suyo termine pasándose al pop—. ¿Quieres tomar algo?

Yo no tendría ningún problema con que se quedase ahí sentado estudiando, pero sé que Lauren le consideraría un gorrón. Rezo internamente porque su respuesta sea afirmativa mientras él sopesa su respuesta.

—Un Sprite, por favor.

Asiento con una sonrisa, complacida con su respuesta.

Para mi sorpresa, un par de horas más tarde, compruebo que Cliff hablaba en serio. Solamente ha dejado de lado sus apuntes para pedirme un par de “colas light” y para ir al baño en una ocasión.

Cuando el local se comienza a vaciar, me permito relajarme unos instantes detrás de la barra mientras observo lo aplicado que es. No me vendría mal contagiarme una pizca, aunque ahora mismo se me antoja prácticamente imposible encontrar un par de horas diarias para estudiar. Incluso los domingos, que son mi día libre, me cuesta sacar fuerzas para sentarme frente a los apuntes.

Aprovecho que Laureen se marcha a hacer unos recados y me acerco a la mesa de Cliff, distrayéndole. A él no parece importarle lo más mínimo. Es más, parece encantado con mi compañía.

—Siento ser una mala influencia para ti —le digo, medio en broma, medio en serio.

—No me importa. Suelo dejar que las chicas guapas me mal influencien todo lo que quieran.

Me río tontamente, agradeciendo el piropo. Después del encontronazo con Harding, no siento nada mal que alguien venga a alegrarte los oídos.

—¿Cómo lo llevas?

Él tuerce el gesto en una mueca de desagrado.

—Peor de lo que me gustaría —admite, dándole un par de palmaditas al cuaderno—. Estoy intentando optar a una de las becas... Así que la cosa está difícil.

Pestañeo, incrédula.

Optar a una de las becas que concede la universidad es prácticamente imposible.

—¡Guau!

—Sí... ¡Guau! —se ríe—. Por ahora no llevo mala media, pero... Cuanto más avanza la cosa, más se complica.

De pronto, me siento ridícula.

Nunca jamás me había avergonzado de mi rendimiento académico, pero ahora la cosa es diferente. Ni siquiera consigo entender cómo he podido descuidar hasta este punto los estudios.

—Bueno... —corto, decidida a cambiar de tema antes de tener que dar ninguna explicación—. Vamos al grano y así no te distraigo más. ¿Hablamos de negocios?

Cliff suelta una risotada.

—Dispara, vaquera —bromea, apoyando los codos sobre la mesa y mirándome fijamente.

Es guapo. Muy guapo.

Pero para mi desgracia, no tan guapo como Harding Wayne.

Hablamos sobre el precio del alquiler, la mudanza y un par de cosas más sin importancia. Cuando ya hemos terminado de pactar las condiciones, Laureen regresa. Aunque no hay clientes desatendidos, me levanto de la

mesa de Cliff y me pongo manos a la obra. Mi jefa dice que si uno mira bien siempre “encuentra algo que hacer”. Lo que se traduce, en definitiva, en que no le gusta que me quede quieta sin hacer nada. Y, la verdad, la comprendo. La cafetería va bien, pero pagar un sueldo a otra persona implica tener que reducir gastos para poder cubrir otros...

Mi nuevo compañero de piso recoge sus pertenencias y se levanta de la mesa. Se despide de mí con un gesto discreto y me dedica una sonrisa de oreja a oreja antes de marcharse. Yo le devuelvo el saludo mientras intento recordar nuestro encuentro pasional en los lavabos. Iba demasiado borracha, así que no consigo distinguir su rostro entre todas las imágenes borrosas que inundan mi cabeza.

—Le gustas —me dice Lauren, mirándome de reojo—. Y parece que él también te gusta a ti, ¿no?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No demasiado. Solamente es mi nuevo compañero de piso.

Ella, escéptica, levanta las cejas.

—Tendré que creérmelo —bromea, riéndose de mí.

Una hora más tarde cerramos el local.

Por suerte, hoy conseguimos hacerlo un poco antes de tiempo.

Cameron me está esperando en la habitación. Ni a ella ni a mí nos gustan las despedidas, pero he de admitir que a lo largo de estas semanas le he cogido muchísimo cariño. Cameron es única a su manera.

—Te he conseguido cajas de cartón —me dice, señalando un par de cajas que ha apilado en la entrada.

—Gracias —respondo.

Nos quedamos mirándonos unos instantes.

—¿De verdad no puedes permitirte seguir pagando la residencia? No quiero que me pongan de compañera de habitación a otra moñas como tú —bromea—..., a ti ya me he acostumbrado.

Suelto una risotada mientras me acerco a ella para darle un abrazo.

—Estoy segura —le digo mientras tanto—. La verdad es que Cliff prácticamente me regala la habitación. Es una buena oferta que no puedo rechazar.

—Sabes por qué te hace esa oferta tan tentativa, ¿verdad? —inquire, aún abrazándome.

Me río como una tonta.

—Sé lo que estás pensando... Y te aseguro que no es así —replico, antes de echar un vistazo a mi armario y al resto de mis pertenencias.

—No te preocupes —me dice Cameron—. Yo te ayudo a empaquetar.

Anoche terminamos de guardar mis cosas en cajas y de preparar mi maleta casi a la una de la madrugada. Y hoy ha tocado madrugar.

Son las siete de la mañana y ya estoy duchada, vestida y preparada para abandonar la habitación. La nueva inquilina llegará en un par de horas, así que tampoco puedo demorarme demasiado. Cameron se ha despertado conmigo. Está perezosa y cansada, pero dispuesta a ayudarme con la mudanza.

Pienso en lo sencillo que fue mudarme al campus gracias a Derek. A veces lo extraño demasiado; y no solamente cuando me es necesaria su ayuda. En realidad, le extraño siempre. Puede que Derek y yo no fuéramos la pareja perfecta y puede que no hubiera ningún tipo de pasión entre nosotros. Pero era mi mejor amigo, sin duda. Mi gran apoyo.

Saco el teléfono y rebusco en los mensajes hasta encontrarle. Son mensajes muy antiguos donde hablamos de todo y de nada a su vez. Respiro hondo, a sabiendas de que ponerme de nuevo en contacto con él podría hacerme más daño que bien. Sé que Derek aún no me ha olvidado en el sentido romántico.

“Te extraño mucho. Sé que nada terminó como te hubiera gustado, pero... Te echo de menos. Necesito a mi amigo”.

No me lo pienso demasiado antes de pulsar la tecla de enviar; porque, si lo hiciera, terminaría dejando las cosas como están.

—¿Caminando? ¿Autobús? —pregunta Cameron, mientras dobla unas cuantas prendas que ha sacado del armario y que ha dejado sobre su cama.

—Supongo que autobús. No puedo caminar 20 minutos con las cajas y la maleta a cuestas —admito, encogiéndome de hombros—. ¿Qué haces? ¿Recolocación de armario?

Ella niega.

—Son para ti —me dice, guiñándome un ojo—. Un par de vestidos que te encantan.

Sonríó como una tonta y pienso que, al final, echaré muchísimo de menos a Cameron.

Estamos a punto de salir de la habitación cuando mi teléfono móvil comienza a sonar. Es Cliff. Respondo de inmediato.

—Dime, Cliff...

—¿Necesitas ayuda con la mudanza? —pregunta sin andarse con rodeos. Suelto una risita.

—Puede. ¿Qué me ofreces?

—Le he pedido el coche a nuestro compañero de piso. ¿Quieres que pase a recogerte?

—¿En serio? ¡Sería genial!

Cameron me observa con curiosidad mientras carga con una de las cajas.

—Nos vemos en diez minutos frente a los jardines —señala—. ¿Bien?

—Bien —respondo, antes de cortar la comunicación.

Cojo la otra caja y la maleta y me pongo en marcha mientras le explico a Cameron el giro que han dado los acontecimientos. Que Cliff pueda recogerme es absolutamente genial.

Nos sentamos en silencio sobre la acera, frente a los jardines, a esperar. Está nublado y hace frío. Observo la piel de gallina de mi brazo, preguntándome al mismo tiempo cómo será mi vida a partir de ahora y cuánto tardaré en reordenarlo todo cuando, de pronto, le veo. Me quedo mirando fijamente sus profundos ojos azules mientras él me repasa de arriba abajo con un gesto de confusión. Ve las cajas y la maleta. Sabe que son mías, lo sé. Seguramente, se estará preguntando qué ocurre o a dónde voy. Le veo aminorar el paso, fingiendo que se entretiene observando el entorno.

Wayne es tan... irresistible. Que aunque ahora mismo le odie con toda mi alma, soy incapaz de no desear saltar a sus brazos.

“No me merece”, me digo a mí misma, auto convencíendome de ello. No importa lo mucho que me lo repita porque nunca consigo llegar a creérmelo de verdad.

Un coche se detiene frente a nosotras. Es Cliff.

Sale del vehículo y me dedica una de sus adorables sonrisas antes de rodear el coche en nuestra dirección. Cameron y yo nos fundimos en un abrazo.

—Espero que mi nueva compañera se parezca un poquito a ti —me dice cariñosamente—. Ha sido estupendo pasar este trimestre contigo.

—La verdad es que ha sido genial... —murmuro, mientras los ojos de mi compañera comienzan a encharcarse ligeramente.

Aparto la mirada de forma disimulada hacia él.

Se ha quedado quieto, observándonos. Ni siquiera se molesta en fingir que se entretiene mirando el entorno. Me mira a mí directamente y muy fijamente.

Siento cómo, nuevamente, comienza a formarse mi nudo del estómago. Ese maldito nudo que consigue oprimirme hasta la respiración. Sé que es ansiedad, pero no consigo hacer nada para combatirla.

—¿Preparada, guapa? —inquire mi nuevo compañero de piso.

Regreso la atención hacia él y sonrío a modo afirmativo.

—Pues vamos a ello —responde, cogiendo las cajas y cargándolas en el maletero del coche.

Le ayudo con la maleta y después vuelvo a despedirme por decimoquinta vez de Cameron.

—No es un adiós —le digo—. Seguimos compartiendo la mayoría de las clases y nos vamos a seguir viendo en el campus —le recuerdo, procurando que su dramatismo no se le vaya de las manos.

—Sí, claro...

—No vas a librarte de mí tan fácilmente —bromeo, dándole un pequeño apretón más antes de dirigirme al coche.

No quiero mirar en dirección a Harding. No quiero hacerlo.

Sé que está ahí, frente a nosotros, observándonos.

Cliff pone el coche en marcha, pulsa el intermitente y gira el volante para incorporarse a la vía. Dentro de diez segundos Harding abandonará mi campo de visión...

De forma irremediable, giro la cabeza hacia él. Cameron, que se cruza en su camino, le saluda alegremente. Pero Wayne no la ve. Solamente me mira a mí.

Mi habitación no está nada mal.

No es una suite presidencial, pero es mucho mejor que compartir quince metros cuadrados con Cameron y sus borracheras.

Es pequeña. La cama es de noventa y el armario está notoriamente envejecido, pero nada que no pueda solucionarse con un par de posters que lo cubra. Hay una pequeña mesilla y un espejo de tamaño considerable al fondo. Tiene ventana, aunque da a un patio interior y no entra nada de luz.

Me digo a mí misma que, cuando consiga ahorrar un poco de dinero, me compraré un escritorio para poder estudiar cómodamente. Puede que, incluso, me haga con una de esas modernas y cómodas sillas de despacho.

Nada más llegar a mi nueva residencia conozco a mi otro compañero de piso; Eddy. Es alto, muy delgado, y debe de ser un genio de los videojuegos. Hemos acordado que la sala, la cocina y el baño serán de uso común. Especificamos el horario de duchas matutino para que no ocurran colapsos y dejamos claras las normas de la nevera antes de ponernos en marcha para ir a clase. Cada uno tiene su comida, y si alguno coge algo del otro, deberá reponerlo y pagar una multa.

“Eddy es muy especial con su leche de soja”, se ríe Cliff, restando importancia a las normas de convivencia. Yo también me río.

La mañana ha sido lo suficientemente ajetreada como para no llegar a la primera hora de clase, pero me propongo dejar la mudanza a medias para conseguir estar allí en la segunda. Saco mis pertenencias más básicas y me dispongo a salir. Soy la única que queda en casa porque tanto Cliff como Eddy ya se han marchado.

Estoy llegando a la parada de autobús cuando recibo un mensaje de texto. Pienso que quizás se trate de Derek, pero no es así.

“Bienvenida a nuestra humilde morada. ¿Una cena juntos para celebrarlo?”.

Es Cliff. Sonrío tontamente mientras me pienso la respuesta. La verdad es que por ahora no me siento preparada para conocer a otro chico, pero...

Pero por otro lado no dejo de pensar que una distracción me vendría muy bien para olvidar a Harding y a sus malditos ojos azules.

“Esta noche. Una pizza a domicilio...”

Pulso la tecla de enviar con una sonrisa.

Supongo que, si cenamos en casa, no se puede considerar una cita, ¿no? A fin de cuentas, ambos estamos en nuestra casa.

Camino hasta la parada de autobús pensativa y feliz. Llevo mucho tiempo arrastrándome por Harding y debo admitir que por primera vez en mucho tiempo vuelvo a sentirme dueña de mi vida. Es como si, de alguna forma, él hubiera captado el cien por cien de mi atención hasta el momento, sin dejarme pensar o hacer nada más. Lo único que mi mente podía procesar era “Harding, Harding, Harding...”.

El autobús llega en el preciso momento en el que comienza a chispear. “Salvada por la campana”, pienso, sentándome en el primer asiento que queda libre.

El trayecto dura, aproximadamente, unos veinte minutos. Entre las paradas que hace para recoger a los pasajeros y el tráfico, tardo lo mismo que si fuera caminando. Me estoy preguntando si realmente merece la pena gastar dinero en coger el autobús o si, por el contrario, debería acostumbrarme a ir caminando. La verdad es que moverme un poco no me vendría nada mal, porque mi actividad física —sin contar las horas que paso de pie en la cafetería—, es nula.

Cuando llegamos a la universidad, ya ha empezado a diluviar. Corro hasta la entrada principal, pero no consigo salvarme del aguacero. Empapada de pies a cabeza, reviso el reloj de mi muñeca sopesando si tengo tiempo para secarme. No demasiado, pero al menos, podré pasar por los lavabos para secarme superficialmente el cabello.

La universidad está en silencio.

Todos los alumnos se encuentran en sus respectivas aulas y los pasillos están desiertos. No me cruzo con nadie de camino al lavabo. Cuando llego, inspecciono la imagen que me devuelve el espejo. Los rasgos que la ruptura con Harding provocaron en mi rostro se van atenuando poco a poco, aunque todavía quedan secuelas visibles. He adelgazado bastante, de forma que los pómulos están mucho más marcados que un mes atrás. Además, todavía me cuesta dormir y tengo ojeras.

Me observo mientras me seco el pelo y me doy cuenta de que hace tiempo que dejé de ser la misma Bridie que un trimestre atrás cruzo estas puertas. Supongo que Lizzy tiene mucha razón cuando dice que “no me reconoce”. En realidad, incluso a mí me cuesta reconocermé.

—Se fuerte, Bridie —me digo a mí misma con convicción.

Ser sensible no quiere decir que no pueda ser fuerte. Que no pueda coger el dolor, asimilarlo, y seguir hacia delante.

A fin de cuentas, la vida siempre será así, ¿no? Siempre habrá baches que superar. La clave está en seguir caminando aunque los zapatos te aprieten los pies.

Me llega otro mensaje.

“Me tendré que conformar con eso □”, escribe Cliff.

Sonrío.

Se ve que es un buen chico. Quizás, por esa razón, me sienta tan mal conmigo misma mientras le doy largas. Algo en él me recuerda a Derek. Puede que sea lo bondadoso que es conmigo o la positividad con la que siempre se encuentra. No lo sé.

Salgo del lavabo cuando faltan unos pocos minutos para que el timbre que anuncia la segunda clase resuene por las instalaciones. Acelero el paso hacia la próxima aula, que está en el otro extremo del edificio. Camino absorta en mis pensamientos hasta llegar al pasillo correspondiente y, entonces, le veo. Dos veces en un solo día. Mi corazón se acelera al instante, preguntándose si este encuentro también es casualidad.

Me detengo en mitad del pasillo, sopesando si acercarme a él o darme media vuelta. Estamos solos. No hay nadie más.

—Bridie... —murmura Harding.

Puedo notar nostalgia en su tono de voz. Puede que también cierto punto de tristeza, no lo sé. Camina un paso hacia mí, reduciendo la distancia que nos separa.

—¿Podemos hablar un momento? Solo necesito un minuto.

Y, de nuevo, siento el nudo del pecho apretando. La ansiedad, las ganas de llorar. El dolor por perderle. Mis recuerdos con él salen a flote, torturándome. Dañándome. Sacudo la cabeza en señal de negación de forma rotunda. Sé que hablar con él acarreará retroceder y volver a empezar. Sé lo que sucederá; terminaré encerrándome en mi habitación, dolida, herida, devorando kilos y más kilos de helado de chocolate mientras intento

imaginarme un futuro sin él. Recrearé una y otra vez la última conversación sopesando si debería haber dicho o hecho algo diferente. Me culparé a mí misma. Sufriré. Sí, sé que si acepto hablar con él, sufriré.

—Creo que no —murmuro con poca convicción.

Los ojos se me empañan.

“Se fuerte, Bridie”, me digo a mí misma, “tienes que ser fuerte”.

Harding recorta más la distancia, hasta prácticamente quedar frente a mí. Yo no me muevo. Me encantaría poder salir corriendo y perderle de vista, huir de la situación sin mirar atrás, pero no puedo. Harding es como un depredador que paraliza a su presa. Puede sentir mi miedo, y yo no puedo moverme. Es como si la suela de mis zapatos se hubiera quedado anclada a las baldosas que piso. Como si, de pronto, la gravedad de la tierra se hubiera transformado.

—Necesito hablar contigo —repite.

Solamente nos separa un metro de distancia. De forma inconsciente, doy un paso hacia atrás, separándome de él.

—Bridie, por favor... —murmura prácticamente en un susurro.

Estoy a punto de dar otro paso hacia atrás cuando él me sujeta del brazo, reteniéndome. El contacto de su piel con mi piel provoca que un escalofrío me recorra la columna vertebral. Una lágrima rebelde, que ha sido incapaz de cumplir mis órdenes, cae rodando por mi mejilla. Suena el timbre. En otros tiempos Harding me hubiera soltado de al momento, asustado porque alguien pudiera vernos de esta forma. Pero ahora no lo hace. Continúa aferrando mi brazo, reteniéndome. Cinco, cuatro, tres... La cuenta atrás para que los alumnos comiencen a invadir el pasillo ha comenzado. El primero no tarda más que unos segundos en aparecer, y justo después, la muchedumbre sale. Harding continúa aferrándose a mí. Yo continuo inmóvil, incapaz de tomar el control sobre mi propio cuerpo.

—Hoy a las siete en mi apartamento —ordena.

Aunque en el fondo es más bien una súplica. Lo noto.

Algunas personas nos miran; entre ellos, profesores. Al final, Harding termina soltándose. Se da la vuelta sin decir nada más, como si no hubiera sucedido absolutamente nada. Yo no consigo moverme. El aula al que debo incorporarme está a tan solo unos metros de distancia, pero mis pies siguen sin reaccionar. Otra lágrima desobediente rueda por mi rostro. Trago saliva. Me esfuerzo por no echarme a llorar, por recuperar el ritmo normal de mi

respiración. Por volver a ser yo. Pero el nudo aprieta y la ansiedad es tan fuerte que mis extremidades tiemblan. Esto es lo que Harding es capaz de provocar en mí; algo extremo. Algo muy extremo. Con él siempre es así: de la felicidad más absoluta a la tristeza más profunda. Sin término medio y sin control.

—¡Ey, Bridie! —saluda Cameron, abrazándome por la espalda—. ¿Te sientas conmigo? Quiero que me cuentes todo sobre tu nueva independencia —se ríe, sin percatarse de mi estado.

Yo me esfuerzo por dibujar una sonrisa falsa. Puede que mi madre se hubiera dado cuenta de mi malestar. Seguramente, Derek también habría notado algo extraño en mí. Pero Cameron no. No me conoce lo suficiente.

—Claro. Sentémonos juntas y te cuento todo —respondo, procurando aparentar cierta normalidad.

No consigo dejar de mirar el reloj.

Y a eso hay que sumarle que hoy estoy más torpe que nunca. Lauren no deja de repetirme si me encuentro bien o si estoy enferma. Y yo, que por dentro estoy derruida, me esfuerzo por asentir y fingir una sonrisa que no consigo ensanchar.

Mi cabeza ha vuelto al maldito círculo vicioso de la tortura: Harding, Harding y más Harding. Voy descontando los minutos que faltan para las siete, aún a sabiendas que no iré. No puedo, claro, tengo que trabajar. ¿Pero acaso es esa la verdadera razón? ¿O es que tengo miedo a lo que pueda encontrarme? ¿Y si esta es mi última oportunidad para recuperarle?

Estoy recogiendo una de las mesas de la terraza cuando, distraída, tropiezo con mi propio pie izquierdo. La bandeja que tenía en mis manos cae al suelo, provocando un estruendo sobrecogedor y haciéndome el blanco de todas las miradas presentes.

Lauren sale de forma apresurada con una escoba y un recogedor mientras yo, inmóvil, observo el desastre sin ser capaz de reaccionar.

—¡Por Dios, Bridie! —exclama Lauren—. ¿Estás bien? —pregunta, examinándome.

Yo asiento y ella me mira de arriba abajo, examinándome.

—Te has cortado —me dice, agarrándome del brazo para que pueda ver mi herida—. Entra dentro, ahora voy yo.

Obedezco como una autómatas, temblorosa por la reprimenda que me llegará cuando Lauren regrese.

Me acerco al lavabo y meto el brazo debajo del grifo. Sangro un poco, pero no es nada. Un corte superficial y sin importancia. Cinco minutos después, mi jefa regresa al interior. Para mi sorpresa, su cara no denota ni pizca de enfado. Más bien, preocupación.

—Extiende el brazo —me ordena, agachándose bajo el fregadero para sacar un botiquín.

No me grita, ni me recrimina haber roto buena parte de su colección de tazas. En lugar de eso, envuelve mi brazo en una venda elástica.

—Vete a casa y descansa, Bridie —me dice con voz tierna, recordándome a cómo solía hablarme mi madre cuando las cosas se complicaban en mi infancia—. Un mal día lo tiene cualquier. Vete, descansa, duerme... Lo que quieras. Mañana será otro día. Uno mejor.

La miro fijamente sin saber qué decir.

—No puedo...

—Puedes y debes. Soy tu jefa y te lo estoy ordenando —me dice con voz seria y autoritaria—. Mañana nos vemos —añade, propinándome una palmadita de ánimo en el hombro.

Decido obedecer sin replicar.

Puede que tenga razón; hoy no es el mejor de mis días. Reviso mi reloj; son las siete y cinco.

Sin sopesar ninguna otra opción, camino hacia el campus de forma automática, moviendo un pie detrás del otro sin siquiera ser consciente de lo que estoy haciendo. Ni siquiera recuerdo que ya no vivo aquí hasta que, de pronto, me veo frente a mi antigua habitación y escucho la voz de Cameron y de la nueva chica a través de la puerta. Y en ese momento, me echo a llorar.

Apoyo la espalda sobre la pared del pasillo y me dejo caer lentamente hasta terminar sentada en el suelo. ¿Por qué diablos echo tanto de menos a Harding? ¿Por qué no consigo olvidarle? ¿Por qué mi maldita mente es tan contradictoria? Una parte de mí anhela con todas sus fuerzas ir al apartamento, resolver todos estos problemas y dejarlo todo atrás. Pero otra... En fin, otra es bastante más realista y sabe que tarde o temprano todo volvería a ser igual. Las discusiones entre nosotros, la falta de confianza, las humillaciones en público... Y entonces volvería a sentirme triste e infeliz. El problema es que, si no le tengo, también me siento así. Muy triste e infeliz.

Diez minutos después, agradezco que ningún conocido me haya visto en este deplorable estado y me levanto del suelo.

Caminar hasta casa me vendrá bien.

La lluvia me concede un margen y aguanta los veinte minutos de paseo que tengo hasta mi nuevo piso. Cuando subo, me encuentro con Eddy y Cliff sentados en la sala de estar. Eddy tiene el ordenador sobre su regazo y

parece absorto al mundo que le rodea. Teclea con rapidez, con los cascos conectados y la vista fija en la pantalla. Cliff está viendo un reality en la televisión. Cuando me ve aparecer, sonrío.

—¡Qué pronto!

—No me encontraba bien y me han dejado irme antes del trabajo.

Cliff se queda mirándome unos instantes.

—Vaya... ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

Niego rotundamente, recordando que hoy había quedado con él para cenar pizza.

—Nada. Pero mejor si dejamos la pizza para otro día, ¿te parece?

Asiente.

—¿Y el brazo? ¿Qué te ha pasado?

Mientras charlamos, Eddy continúa con la mirada fija en el ordenador portátil. Dudo mucho que se haya percatado de mi llegada.

—Nada importante. Un accidente laboral.

—¿Estás segura?

—Sí, claro —respondo, esforzándome por dedicarle una última sonrisa antes de irme a mi habitación.

—¡Bridie! —me llama—. ¿Quieres que te prepare algo de cenar?

Una vez más, me recuerda a Derek.

¿Por qué se porta tan bien conmigo? ¿Por qué no puedo olvidar a Harding y fijarme en un chico como él?

Me tumbo en la cama, deprimida. Extraña. Sintiéndome mal conmigo misma. Reviso mi reloj de nuevo y compruebo que prácticamente son las nueve de la noche. ¿Seguirá Harding esperándome o ya se habrá rendido? ¿Por qué tengo la extraña sensación de que algo había cambiado en él? ¿Por qué me siento tan mal por no haber acudido a la cita?

Respiro hondo, relajándome, mientras recreo en mi cabeza el encuentro que hemos tenido esta mañana. Harding agarrándome del brazo mientras los pasillos iban llenándose poco a poco. Estaba desesperado. ¿Por qué razón si no iba a exponerse tanto?

¿Y si acabo de cometer el mayor error de mi vida?

No soy consciente, pero estoy llorando de nuevo. Me intento repetir una y otra vez que no he cometido ningún error, que por primera vez en mucho tiempo he pensado en mí misma. En mi felicidad.

Alguien golpea repetidas veces la puerta de mi habitación. Seguramente Cliff, ya que Eddy no parece demasiado sociable.

—¡Adelante! —grito, mientras me seco el rostro con el reverso de la manga del jersey.

La puerta se abre y mi compañero de piso —el que sí sabe hablar—, aparece en el umbral. Me dedica una sonrisa y tuerce el ceño en una mueca disgustada.

—¿Puedo pasar?

Me encojo de hombros.

No es lo que más me apetece en estos momentos, pero no se me ocurre una buena razón para decirle que no.

Se sienta en la cama y me mira fijamente.

—¿Sabes? Soy un caballero —me dice, guiñándome un ojo.

Yo suelto una carcajada.

—No te lo discuto —respondo, sin comprender a qué viene ese comentario.

—Y por esa misma razón —añade, guiñándome un ojo—, sé retirarme a tiempo.

Frunzo el ceño, sin comprender de qué diablos está hablando.

—Supongo que tu mal día viene por otro tío, ¿no?

Sonrío. Chico listo.

—Algo así.

—¿Tu novio?

Me apresuro a sacudir la cabeza.

—No, en realidad no. Rompimos hace un tiempo... —explico, antes de hacer una pequeña pausa—. Aunque en realidad no sé muy bien si llegamos a ser algo en un pasado.

Cliff me mira fijamente.

—Bueno, entonces déjame corregirme. No me retiro, solo me aparto para darte tiempo —dice, sonriente—. Y cuando estés preparada... cenamos.

Suelto una risita nerviosa y asiento.

Aunque mi corazón no deje de suspirar por Harding, mi mente tiene muy claro que lo único que necesito es un chico como Cliff. Responsable, maduro y que me trate en condiciones. Alguien que no se avergüence de mí.

—Te va a tocar esperar bastante tiempo —advierdo.

No es por desalentarle, no.

Lo digo porque sé de sobra que voy a tardar muchísimo en estar preparada.

—No pasa nada, siempre y cuando la cita merezca la pena.

—Eso tendrás que decidirlo tú —le digo con una sonrisa pícaro, animándome un poco.

—Ya he decidido que sí —explica—, pero espero que pueda ser un poco mejor a lo que teníamos previsto para hoy.

—¿No te gusta la pizza? —bromeo, consciente de lo bien que me ha venido esta pequeña conversación.

Ha sido lo suficientemente extensa como para distraerme.

—Me encanta la pizza. Pero espero que nuestra primera cita pueda ser un poco más romántica —explica, secándose una lágrima con el reverso de su mano izquierda—. Algo para recordar y poder contarles a nuestros hijos.

Me echo a reír cómo una loca. ¿Hijos? ¿De verdad? ¿Quién ha hablado de tener niños?

—Te dejo a solas, ¿vale? Descansa y... No tardes demasiado en sacarte a ese tío de la cabeza —se ríe—, él no te merece. Yo sí.

Me da una palmadita en la espalda y se marcha.

Cuando me quedo a solas tardo un buen rato en venirme abajo. Pero lo hago. Sé muy bien que hoy será una noche dura.

He dormido diez horas seguidas.

Ni siquiera me he despertado para beber agua o ir al baño.

Me levanto lo suficientemente temprano como para hacer las cosas con tiempo y tomármelo todo con mucha calma. Me ducho antes de que los chicos aún amanezcan y, para cuando sus despertadores empiezan a sonar, yo ya estoy saliendo de casa. Me dirijo al campus paseando, procurando despejar mi cabeza y centrarme en el día que tengo por delante.

No será fácil, pero tengo que hacerlo. Tengo que obligarme a estar bien, porque esa es la única forma de aprobar y de sacar el curso adelante. De no decepcionar a mi madre; ni a mí misma.

Los jardines aún están vacíos cuando llego a las inmediaciones de la universidad. Me siento en un banco cercano y saco los cuadernos de apuntes para repasar. Mi objetivo de estudiar una hora diaria ayer no se cumplió, así que pienso que lo mejor será recuperar el tiempo perdido hasta que el timbre suene. Soy plenamente consciente de que el trabajo no me deja demasiado tiempo libre, lo que conlleva a tener que realizar esfuerzos a cualquier hora que me quede disponible.

Estoy preparada para la próxima clase, esperando en el pasillo frente al aula antes de que suene el timbre, cuando veo aparecer a Cameron charlando con una chica que no conozco. Al parecer, se trata de su nueva compañera de habitación. Me la presenta fugazmente porque ella no comparte el mismo horario que nosotras y debe marcharse a otra área del edificio.

—Tengo una mala noticia —me dice mientras tomamos asiento.

El aula se va llenando poco a poco hasta quedar abarrotada.

—Escúpela —respondo, sacando mis cuadernos del bolso.

Cameron suelta una risita.

—Bueno, en realidad, a ti ya no te incumbe demasiado...

La miro de reojo y suspiro. Odio cuando Cameron se hace de rogar.

—¿Me vas a decir qué es?

Sonríe con malicia.

—En realidad, no te interesa demasiado... Si no, no te hubieras marchado de la asignatura de Finanzas —me dice con voz misteriosa.

El corazón me da un salto en el pecho.

—¿Qué pasa? ¡Cuéntamelo! —suplico, y nada más hacerlo me arrepiento.

Incluso yo soy consciente de que acabo de sonar demasiado desesperada. Demasiado suplicante.

Cameron asiente.

—Pues resulta que el profe cañón ha dimitido —me dice con una sonrisita—. Al parecer, se marcha a otra universidad...

“Sí, eso ya lo sé...”, pienso, confusa.

Pero, ¿por qué diablos iba a dimitir Harding? Mi mente se pone en marcha, trabajando a mil por hora. No se me ocurre ninguna razón por la que pudiera haber hecho nada semejante. Sé lo importante que es su trabajo para él. En realidad, creo que en su vida no existe nada más importante que su trabajo.

—¿Por qué ha dimitido?

Cameron suelta una risita.

—¡Te lo acabo de decir, Bridie! —exclama, un poco más alto de lo normal. Varios alumnos se giran hacia nosotras—. Se marcha a otra uni.

—No tiene sentido —respondo—, no empieza hasta el próximo curso.

Cameron me mira extraña.

—No he dicho eso —replica, encogiéndose de hombros—. Supongo que habrá pedido un traslado.

¿Un traslado? ¿A Chicago? ¿En pleno curso lectivo? Ni de broma. Sé que no, conozco a Harding lo suficientemente como para saber que no dejaría a medias una asignatura y un aula con el que ya ha comenzado a trabajar.

La profesora entra. De pronto, todos nos quedamos callados y prestamos atención a sus primeras órdenes “sacad los apuntes, que hoy os va a tocar tomar notas”. Cameron protesta. La semana pasada le salió una ampolla en el dedo mientras copiaba los temarios en “chuletas”, así que escribir para ella resulta un suplicio.

—¿Tomas notas tú y luego me las pasas?

Ahora mismo mi cabeza va a mil hora.

Solamente consigo pensar en Harding... En que ayer no fui a verle, en que, de pronto, se marcha, y en que me había pedido una última charla. Solamente quería unos minutos a solas conmigo, nada más.

La profesora comienza el discurso y todos nos disponemos a copiar.

—¡Eh! —repite Cameron, sacudiéndome del brazo—. ¿Vas a tomar apuntes o no? —replica de mal humor.

Asiento y cojo el bolígrafo.

“Me vendrá bien”, me digo a mí misma. Coger apuntes para Cameron es una forma eficaz de obligarme a prestar atención y no desperdiciar el tiempo.

Empiezo a copiar. Pero, si he de ser sincera, ni siquiera proceso lo que voy escribiendo. Harding se marcha. Ahora sí que sí es una realidad. Ahora sí que le he perdido para siempre. Empiezo a sudar... Me siento mal. Me esfuerzo por seguir escribiendo y mantener la mente despejada, pero noto cómo las gotas de sudor van cayendo por mi frente. Cameron me toca el antebrazo ligeramente.

—Bridie, te estás poniendo un poco amarilla... —me dice en voz baja para no captar la atención de la profesora—. ¿Te encuentras bien?

Asiento.

No, en realidad, estoy cada vez peor. Pero decir eso no me servirá de nada. Lo mejor que puedo hacer es distraerme, no pensar.

“Estás teniendo un ataque de ansiedad, Bridie”, me dice una vocecita en mi cabeza. “Deja de escribir y sal del aula antes de que te pongas peor”.

La ignoro. ¿Quién me dice que, si me marcho no empeoraré? Continúo sudando. La respiración se me agita y el ritmo cardíaco se me acelera. ¿Y si no es un ataque de ansiedad? ¿Y si es algo peor?

—¿Bridie? —me llama Cameron.

Levanto la cabeza para mirarla y soy consciente de que ya no estaba escribiendo. La profesora continúa con la lección aunque yo hace tiempo que le he perdido la pista.

—Tienes muy mala cara —señala mi antigua compañera, realmente preocupada por mí.

Asiento.

—Creo que me voy —le digo, y no añado nada más.

—¿Quieres que te acompañe? Igual es una bajada de tensión —susurra en voz baja—. A mi tía una vez le pasó en Navidad y no veas... Se desmayó y todo.

“Espero no desmayarme”, pienso, levantándome de la silla.

Y sin decir nada más, sin despedirme o dar explicaciones, me dirijo a la salida. Cuando salgo al pasillo, cerrando la puerta de un portazo tras de mí, siento cómo me falta el aire. Me ahogo.

Echo a correr hacia la calle. Me cuesta respirar. Nunca, jamás, había experimentado un malestar similar a este. Aprieto el paso todavía más, angustiada, hasta terminar saliendo al exterior.

Corro hasta el jardín más cercano y vomito en una esquina, junto a un árbol. Veo cómo el contenido amarillento de mi estómago se mezcla con la hierba del césped, provocándome más náuseas de las que ya tengo.

Cuando levanto la cabeza, le veo. Al principio sopeso la posibilidad de que se trate de una imaginación mía, pero no. Es real, muy real. Harding camina en mi dirección sujetando una caja en sus brazos. Debe de haber recogido sus pertenencias, así que lo que Cameron me ha contado es cierto. No es un bulo.

—Ayer te estuve esperando —saluda.

Yo aún tiemblo de pies a cabeza.

—¿Te marchas? ¿De verdad? —inquiero a gritos.

Me gustaría ser capaz de guardar la compostura, pero no puedo. Ni siquiera consigo respirar con normalidad.

—Me he cogido lo que queda de año de excedencia —me cuenta con una mueca que no consigo identificar—. Y el próximo curso comenzaré directamente en Chicago.

—¿Excedencia? ¿Por qué?

Sé que no me debe explicaciones.

Pero no lo entiendo. Por muchas vueltas que le dé, no tiene ningún sentido.

—¿Te encuentras bien? —murmura él, señalando el vómito del césped.

—¿Por qué razón has decidido coger una excedencia? —repito, ignorándole.

Harding suspira.

—De eso mismo quería hablarte ayer.

—Pues suéltalo ahora.

Levanto la cabeza, envalentonándome ligeramente. Me doy cuenta de que Cameron está detrás de nosotros, guardando una distancia prudencial. Debe de haber salido del aula detrás de mí para asegurarse de que no me desmayaba como su tía.

—Te echo de menos, Bridie —admite con la voz gangosa—. Te echo mucho de menos.

No lo dice en voz baja ni en susurros. Emplea un tono normal, el mismo que estaba empleando hasta ahora. Miro a Cameron, preguntándome si llegará a escuchar lo que Harding me dice. Creo que sí.

A nuestro alrededor hay mucha gente. La mayoría, estudiantes que tienen la hora libre y se dedican a pasar el rato en los espacios abiertos. Miro a Wayne muy fijamente sin entender nada. Sin comprender qué quiere.

—Sé que no me comporté en condiciones... Y sé que te hice daño.

—Sí. Lo hiciste —respondo, esta vez con ira—. Me hiciste mucho daño.

Harding asiente, avergonzado.

No sé exactamente qué, pero veo en sus ojos algo diferente. Algo que hasta entonces no existía.

—Quiero estar contigo, Bridie... Y ahora soy libre de hacer lo que quiera —señala, levantando los brazos para abarcar el espacio en el que nos encontramos—. Ya no le debo nada a la universidad. Soy libre.

Me quedo mirándole sin saber qué decir. Sin saber, en realidad, qué significa lo que está diciéndome.

—Harding, yo...

Una parte de mí desea asentir y decirle que esta noche le veré a las siete en su apartamento. Quiero prometerle que no llegaré tarde y añadir, con un guiño de ojo, que llevaré mi lencería más provocativa. Pero otra parte de mí, la más sensata, me protege del sufrimiento que volveré a sentir si acepto seguir a su lado.

—No puedo más —suelto, sin darle más vueltas. Tengo ganas de llorar, pero me contengo para seguir explicándome—. Dentro de una semana nos cruzaremos a alguien y tendrás que inventarte que soy tu hermana pequeña. Puede que me vuelva a cruzar con el rector Davis en el portal, y entonces tendrás que justificarte diciendo que estoy en tu casa por unas clases particulares... Siempre estaré en la sombra, Wayne. Y no puedo más. No lo

soporto —escupo—. Yo... Yo soñaba con un futuro contigo. No con un presente a escondidas.

Se queda mirándome fijamente. Sus ojos brillan tanto que tengo la sensación de que está a punto de llorar.

—¿Y si te aseguro que no será así? ¿Y si te prometo que no volveré a hacerte sentir así, Bridie?

Nos miramos muy fijamente, retándonos con la mirada.

Sonrío con ironía y escepticismo.

—No te creería —respondo muy seria y decidida, porque esa es la verdad. No me creería ni una sola palabra de lo que me dijeras.

Harding imita la misma mueca irónica que yo. Camina un paso hacia mí, acortando distancias. Me sujeta del brazo y tira con fuerza de mi cuerpo para acercarme a él. “¿Qué diablos...?”, pienso. Pero no me da tiempo a pensar nada más porque, de pronto, de forma inesperada y mágica, sus labios presionan los míos. Me coge de la cintura, atrayéndome hacia él para poder besarme mejor. Nuestras lenguas bailan, reconociéndose. Y yo... Yo no sé si estoy soñando o si esto es real.

—No voy a dejarte escapar, Bridie —asegura, sin soltarme.

Y por primera vez en mucho tiempo, sonrío con el corazón.

—¿Jamás? —pregunto, dubitativa, consciente de una única cosa: Harding Wayne me está declarando su amor delante de todo el campus.

Él me sonrío.

Y esta vez, sí consigo ver su sonrisa reflejada en sus preciosos ojos azules.

—Jamás —promete, justo antes de volverme a besar.

Epílogo

De mi época en la universidad me llevo muchos momentos. Algunos buenos y otros malos, pero de la mayoría podría decirse que he conseguido sacar algo positivo.

También me llevo personas. Muchas de ellas hoy siguen en mi vida y creo que no se marcharán jamás. Cameron resultó ser una amiga genial, al igual que Cliff. Y, por si os lo estáis preguntando, sí. También me llevo a mi guapo profesor de ojos azules. Excepto “Finanzas”, me enseñó muchísimas cosas. Aprendí lo que significaba amar de verdad, con los ojos cerrados. Y por consiguiente, también descubrí lo que significaba sufrir por amor. Sufrir de verdad.

Fueron años duros e inciertos, sobre todo los dos primeros. Las relaciones a distancia no son sencillas. En realidad, son muy duras. Demasiado. Pero ambos sabíamos que si habíamos podido sobrevivir a un amor escondido, podíamos sobrevivir a cualquier cosa. Y lo hicimos. Sobrevivimos.

Ahora, casi diez años después, soy profesora de “Economía” y puedo llegar a comprender lo que Harding sintió al conocerme un poco mejor. Supongo que a esas edades vemos las cosas mucho más sencillas, al igual que yo las veía entonces. O quieres, o no quieres. O luchas, o te rindes. No hay medias tintas ni escala de grises posible. O blanco, o negro. Apuestas seguras y arriesgadas que hacen de la vida una montaña rusa de emociones y sentimientos. Que hacen de la juventud algo que realmente merece la pena experimentar.

Hoy miro a mis alumnos y veo a la Bridie que fui en un pasado. Me gustaría sentarme con ellos y explicarles que esos años de sufrimiento son una forma de hipotecar sus futuros, pero sé que lo pensarían, que “soy una profe pesada” y pasarían de mí. Lo sé porque es lo que yo hubiera hecho. También me gustaría decirles que cuando piensen que el mundo se va acabar, resistan. Porque no se acabará.

—¿Retiramos los platos? —pregunta el camarero, devolviéndome a la realidad.

Ambos asentimos.

Harding alarga la mano para alcanzar la mía. Se la lleva a los labios y deposita un delicado beso sobre ella. Yo sonrío, feliz. Hoy es nuestro aniversario. Hoy hace diez años exactos de la primera vez que nos dimos un beso.

—De postre andamos escasos... —nos dice, sonriéndonos a modo de disculpa. Estamos cenando en uno de nuestros restaurantes favoritos—. Se nos han acabado los dulces caseros, pero todavía nos queda un poco de helado de chocolate.

Miro a Harding justo antes de soltar una tremenda carcajada.

Sí, mi época de la universidad me dejó una cosa más: un tremendo odio por el helado de chocolate.

Supongo que, después de tantos empachos mientras intentaba ahogar en ellos nuestra ruptura, terminé aborreciéndolo. ¿Sabéis esa sensación que se tiene cuando un olor, un sabor o un lugar os evocan un momento de vuestras vidas o un sentimiento concreto? El helado de chocolate me hace recordar esos instantes en los que no veía un futuro para nosotros, llorando en mi habitación mientras creía haber perdido a todas las personas que amaba por entonces. Por si os lo preguntáis, os diré que no. No perdí a mi madre. Podría decir que tardó bastante más de lo que creía en perdonar las locuras que cometí por amor, pero terminó perdonándome y aceptando a Harding —no le quedó más remedio—. En cuanto a Derek... Supongo que podría decirse que ambos seguimos rumbos diferentes. Lo último que sé es que se casó el año pasado y que ahora espera un bebé.

—Entonces... ¿Les pongo un helado de chocolate? —repite el camarero, sin comprender nuestra risa cómplice.

Todavía recuerdo lo que Harding me dijo cuándo le expliqué que había cogido asco al helado de chocolate por su culpa. “Menos mal que no tendrás que recurrir a él nunca más”, prometió.

Y hoy, diez años después, puedo asegurar que no me mentía.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

- Seré solo para ti
Solo tuya
- Besos de carmín
- Mi último recuerdo
- Escribiéndole un verano a Sofía
- Nosotras
- Secretos 1, 2 y 3
- Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta
- Una cosa de locos
- Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa
- Nuestros días
- La chica que se llamaba como un cometa
- Un “te quiero” por Navidad

- Mi protector
 Su protegida
- Ave Fénix
- Donde nacen las estrellas
- Una guerra del pasado
- Olivia y su caos
- Siempre Contigo
- Un hombre de negocios
- Isla de Plata
- ¡Lo que tú digas!
 ¡Cómo tú quieras!
 ¡A tus órdenes!
- El rescate
- El laberinto
- Luna de gato
- Magena
 Denahi
 Hinun
- Ni una cita más
- Yo en Roma, tú en Nueva York
- La vida de Dani
- El amor está en la toalla de al lado
- ¡Ni me toques!
- El libro de Joe Byers
- El corazón de Joe Byers

- Con cariño, para Sailor's Rest
- Te había soñado
- El viaje no soñado
- ¿Tú?
- Tú mi deseo, yo tu capricho
- Un pitcher en mi corazón
Un pitcher solo en mi corazón
- Sabor a caramelo
- Sabor a chocolate